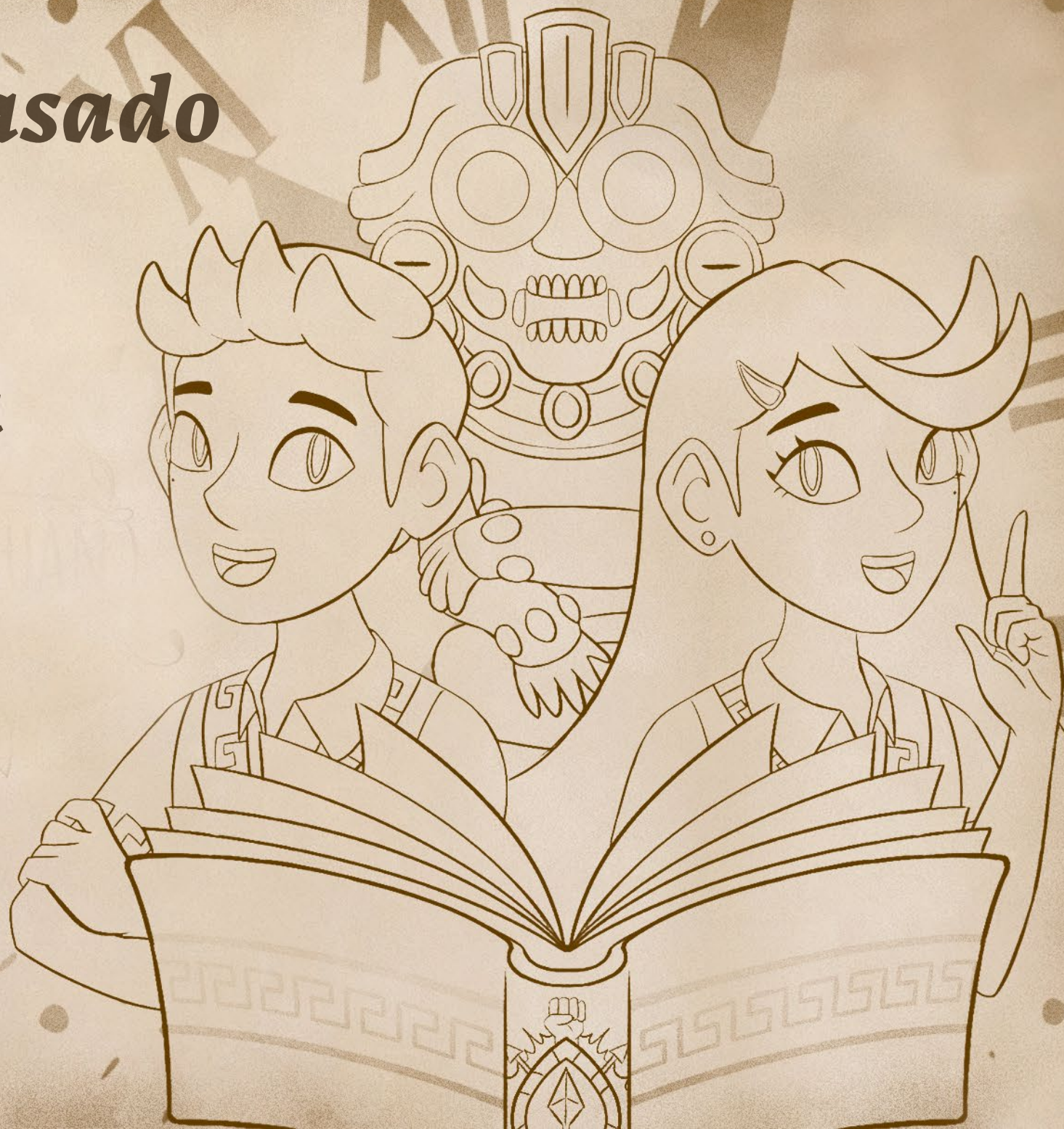


Un viaje al pasado a través de la relación de Michmacuán

*Parte I Conociendo la
Antigüedad P'urhé*

Kevin Flores Zavala

Ilustraciones
Samuel Karki Corona





**GOBIERNO DE
MÉXICO**



Instituto Nacional de los Pueblos Indígenas

Lic. Adelfo Regino Montes

Director General del Instituto Nacional
de los Pueblos Indígenas

Mtra. Bertha Dimas Huacuz

Coordinadora General de Patrimonio
Cultural y Educación Indígena

José Luis Sarmiento Gutiérrez

Director de Comunicación Social

**Un viaje al pasado
a través de la relación
de Michmacuán:
*Parte I Conociendo la
Antigüedad P'urhé***

Investigación

Kevin Flores Zavala

Ilustraciones

Samuel Karki Corona

Corrección de estilo

Paula Sofía Bautista Salas

Diseño editorial

Brenda Marián Castillo Ruíz

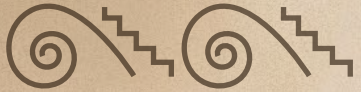
Coordinación

Norberto Zamora Pérez

México, 2022

ÍNDICE

01	•	<i>Presentación</i>
02	•	<i>El origen de los dioses</i>
	•	<i>p'urhépecha</i>
11	•	<i>Fiestas Hicuándiro y Sicuíndiro</i>
20	•	<i>Poblamiento de la región p'urhé</i>
30	•	<i>El presagio michmacuano de la</i>
	•	<i>conquista</i>
41	•	<i>Los primeros españoles en</i>
	•	<i>Michmacuán</i>
54	•	<i>Bibliografía</i>



Presentación

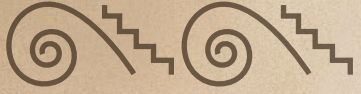
El presente texto es la primera parte de una breve historia de la antigüedad p'urhé, la cual está basada en la *Relación de Michmacuán*; escrita por el fraile jesuita Jerónimo de Alcalá entre 1539 y 1541, quien se dedicó a aprender el idioma michmacuano para poder relacionarse con los p'urhépecha. Alcalá— por órdenes del primer virrey de la Nueva España, Antonio de Mendoza y Pacheco— se encargó de registrar la historia oral de los ancestros de esta región mesoamericana.

Erendirani y Andárani son dos hermanos cuates, originarios de un municipio p'urhé llamado Zinapécuaro;

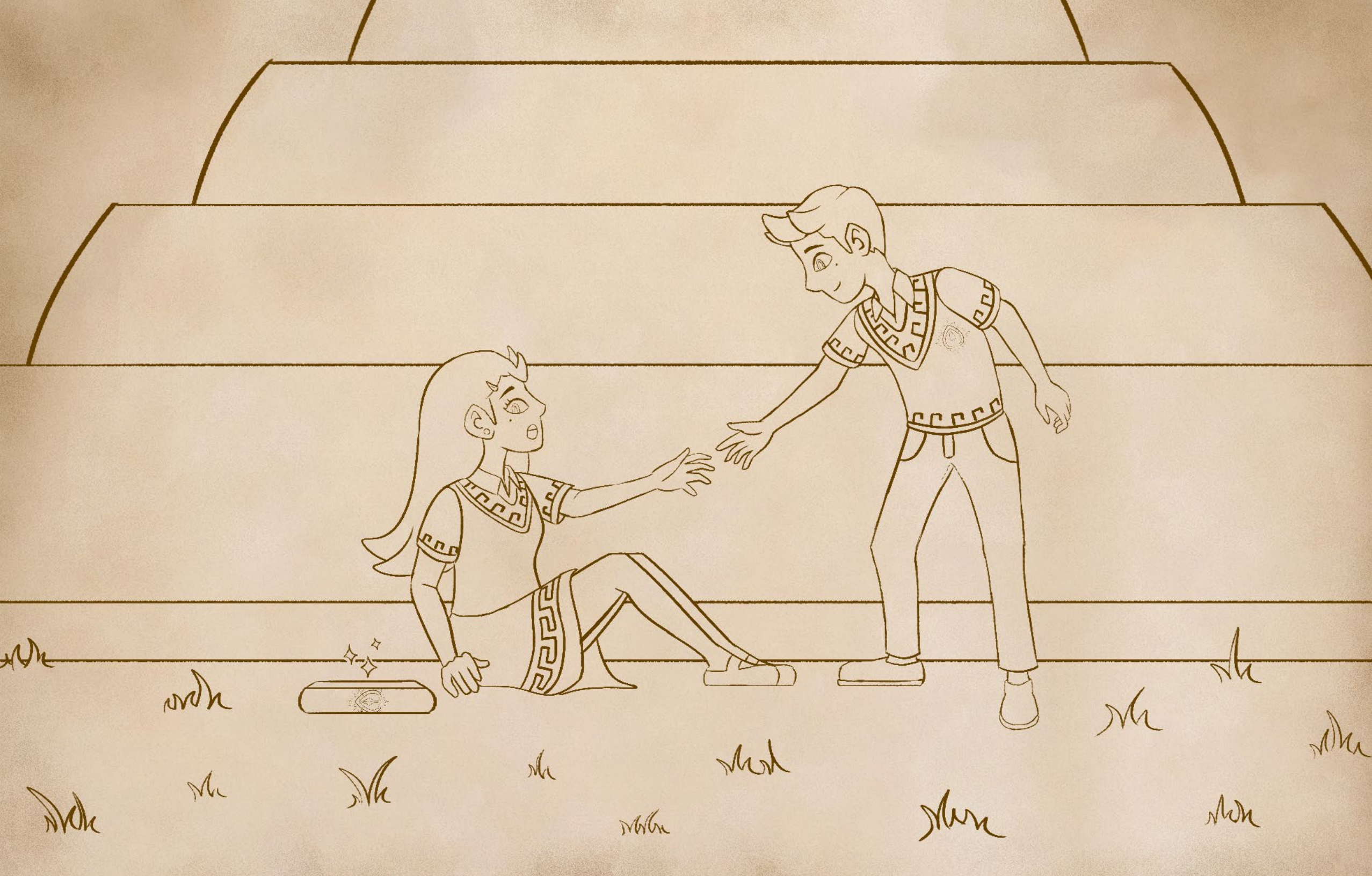
los jóvenes se encuentran de visita escolar en la zona arqueológica de Tzintzuntzan. Después de encontrarse con el manuscrito de la *Relación de Michmacuán*, los hermanos viajaron al pasado; donde los recibió Curicahuéri, el dios del Sol. Ya no estaban en una zona arqueológica, sino en la ciudad activa del señorío michmacuano. La aventura de estos jóvenes comienza cuando Curicahuéri decide darles un recorrido histórico por la antigüedad p'urhé; el cual abarca desde la concepción de los dioses p'urhépecha, hasta la llegada de los primeros españoles a Michmacuán.



El origen de los dioses p'urhépecha



Dos jóvenes se encuentran en Tzintzuntzan, la antigua metrópoli de los p'urhépecha, él se llama Andárani y su hermana es Erendirani. Los muchachos se encuentran en una visita guiada con sus compañeros del colegio. ¡Pero algo pasó! ¡Han perdido a su grupo! Empezaron a buscarlos, pero no los veían; como si se hubieran esfumado. Entonces corrieron y un repentino accidente hizo que Erendirani se tropezará con un libro muy viejo. Andárani ayudó a su hermana a levantarse y de paso recogió el libro que la hizo caer.





– ¿Qué es eso? – pregunta ella.

– Es un libro, parece una reliquia histórica.— ¿Cómo se llama?

– *Relación de las ceremonias, ritos, población, gobernanación, de los indios de la provincia de Michmacuán, hecha al ilustrísimo señor don Antonio de Mendoza, virrey y gobernador de esta Nueva España por su majestad, etcétera*— lee Andárani.

– Wooooow, ese sí que es un nombre largo. ¿Quién la escribió?— pregunta Erendirani.

– ¡Mira! Tiene una firma, “Jerónimo de Alcalá”— le responde su hermano.

De repente, el libro comenzó a brillar y los hermanos cuates se sorprendieron; Andárani se aventuró a abrirlo, el brillo en la cara de los jóvenes se expandió y generó un destello que lo cambió todo. Seguían estando en Tzintzuntzan, pero ya no parecía una zona arqueológica



sino una ciudad activa; se transportaron a la antigüedad p'urhé, muchos años antes de la llegada de los españoles a Michmacuán. De repente, otro destello hizo parecer como si alguien bajara del Sol: era el dios Curicahueri (El Gran Fuego o La Gran Hoguera), la principal deidad de los p'urhépecha.

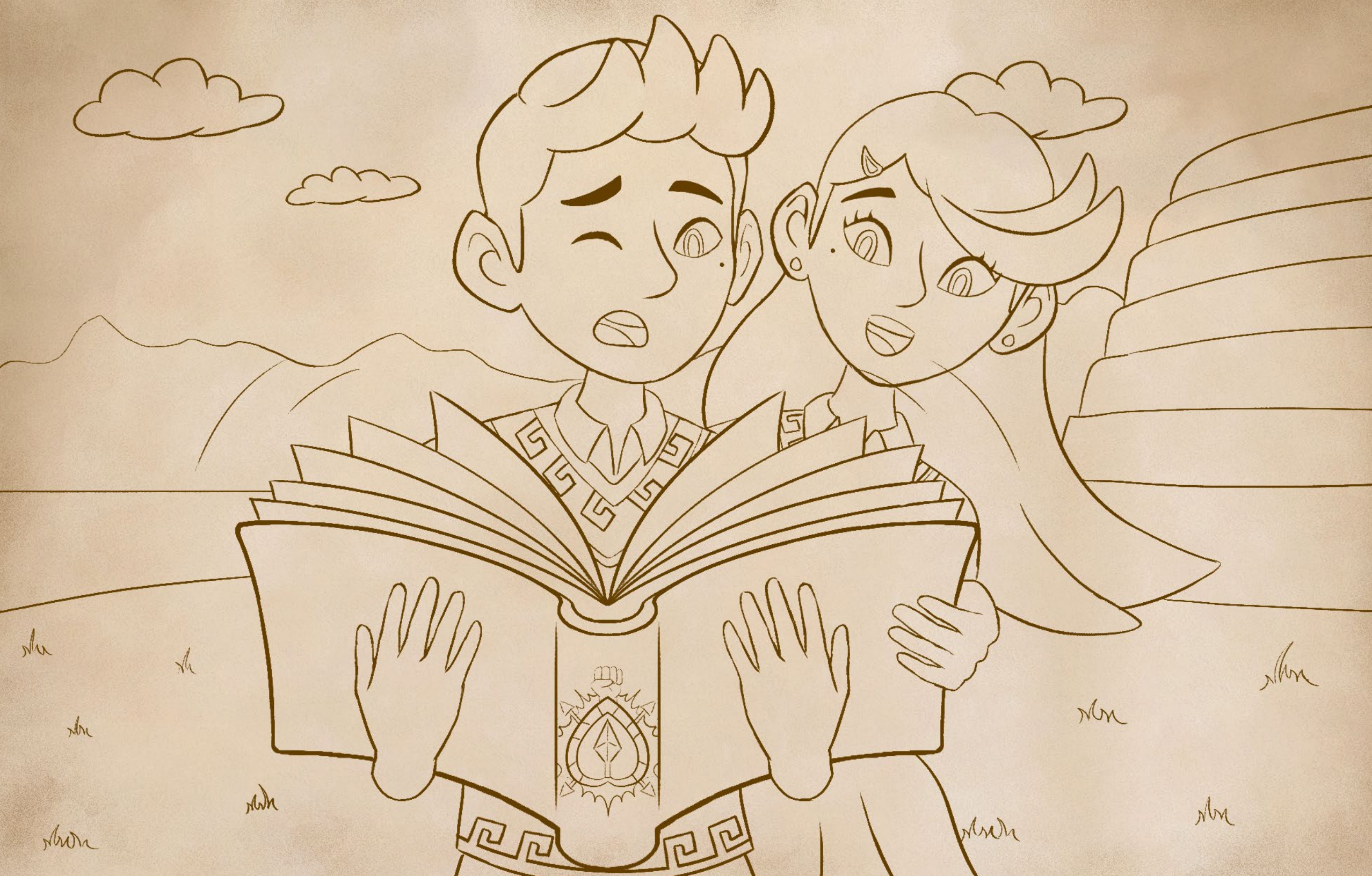
– Hola! Yo soy Curicahueri, el dios...

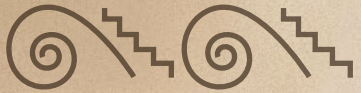
– ¡Sabemos quién eres!— interrumpe Erendirani.

– Oh, muy bien. Yo también sé quiénes son ustedes, los elegí para que pudieran venir conmigo. Están en la época antigua de la región P'urhé. ¿Qué les parece hacer un recorrido histórico por la historia de sus ancestros?

– ¡Sí! – responden simultáneamente los dos hermanos.

– Comencemos por el inicio del comienzo. ¿Saben ustedes de dónde venimos los dioses p'urhépecha?— pregunta Curicahueri.





–Yo recuerdo las lecciones de mi abuela, ella nos dijo que provenimos de ocho pelotillas hechas con ceniza, rociadas con la sangre de un mensajero enviado del cielo – responde Erendirani.

–Yo también me acuerdo de eso. El mensajero era un gran sacerdote, ¿no?

–Así es, Andárani. Pero en nuestro idioma, a ese mensajero lo llamamos Curítacaheri y los humanos son el resultado de la cuarta etapa de su creación; cuatro veces se hizo este ritual, en cada uno había ocho pelotitas de ceniza de donde salían cuatro hombres y cuatro mujeres de cada una de las bolitas. Los humanos, tal y como son ahora, nos contentaron a los dioses por sus tributos y ofrendas, por ello nosotros los bendecimos. Yo Curicahueri y la diosa tierra concebimos plantas y árboles; luego, cada vez más dioses decidieron formar parte de la vida de los p'urhépecha. Deben de recordar algo muy importante, muchachos, y es que en el pensamiento p'urhépecha hay un sincretismo.



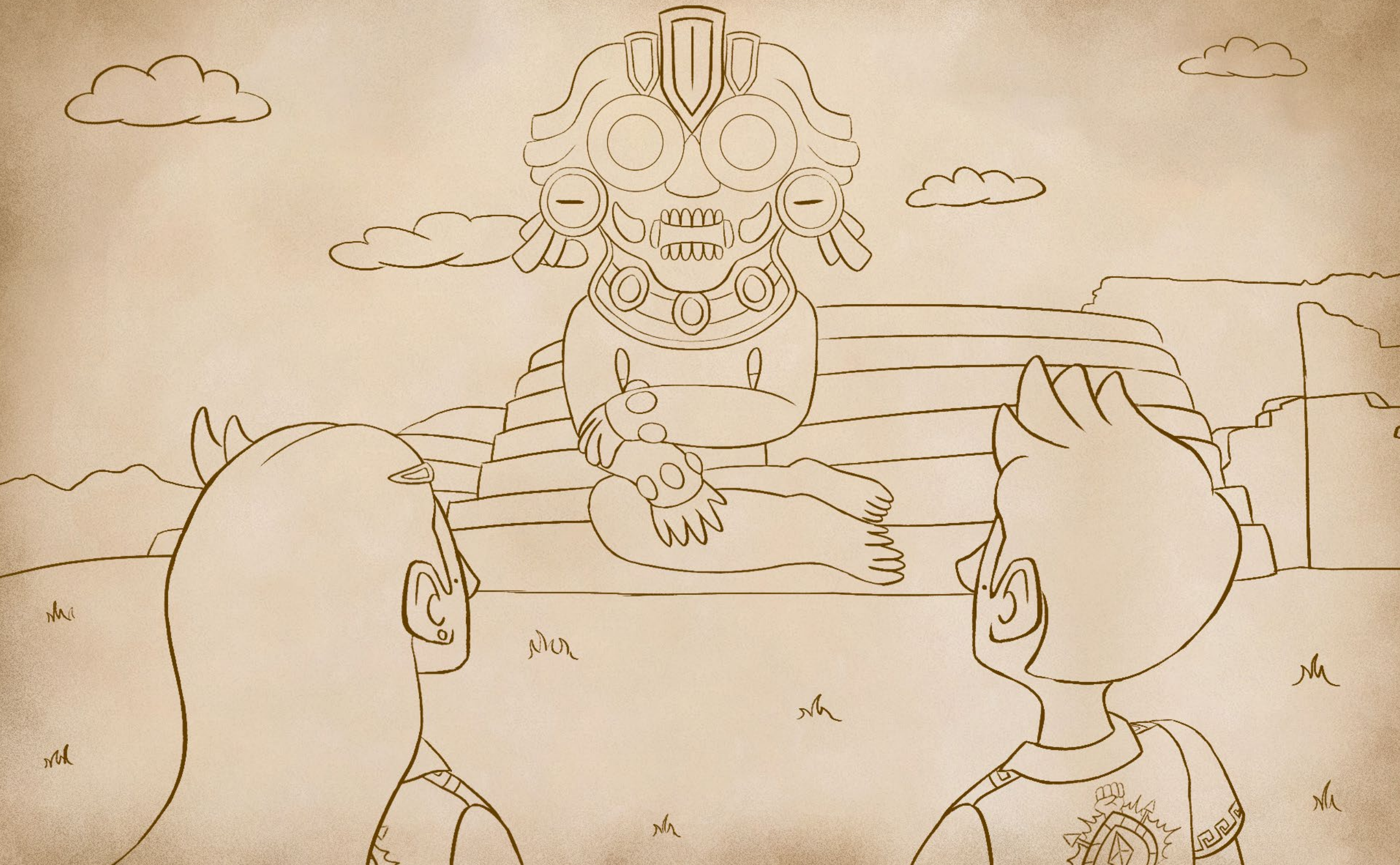
–¿Sincretismo? ¿Qué es eso? – pregunta Andárani.

–Ya te explico– comenta Curicahueri –el sincretismo es cuando hay una combinación de los aspectos, aparentemente contradictorios, de dos culturas distintas. Por ejemplo, el sincretismo que hay entre las tradiciones p'urhépecha y la religión católica que llegó con los conquistadores españoles. La Relación de Michmacuán, el libro que se encontraron antes de viajar en el tiempo, es sumamente sincrético pues fue escrito por un fraile católico proveniente de la orden religiosa de los franciscanos.

–¡Ah! ¡Ya entendí! ¡Claro! Por eso nuestros abuelos se saben muchas historias de sus tatas p'urhépecha más antiguos pero, a la vez, recuerdan las enseñanzas de tatas católicos como lo fue Vasco de Quiroga.

–Lo has ejemplificado perfectamente, hermano– comenta Erendirani.

–Bueno– continua Curicahueri –ahora que saben qué es el sincretismo puedo explicarles que yo, como su





dios principal, encarnaba mi esencia en los cazonci que gobernaban en la época antigua, lo que implica que los dioses convivimos con los pueblos al tomar la forma de gente destacada.

—Oye, en la época de dónde venimos mi hermano y yo, ¿siguen conviviendo los dioses con nosotros?— pregunta Erendirani.

—¡Por supuesto que sí! Justo ese es el papel que juega el sincretismo, ya que los rituales y ceremonias que se siguen haciendo son una ofrenda tanto para los dioses p'urhépecha como para el dios católico; yo, Curicahuéri, estoy con ustedes. Todos los dioses p'urhépecha seguimos estando en la vida de la gente que decide creer en nosotros, de quienes deciden conservar y hacer oraciones con el idioma p'urhé. El dios Tujku Upa Achá siempre estará en Michmacuán.

—¿Y quién es él?— pregunta Andárani.

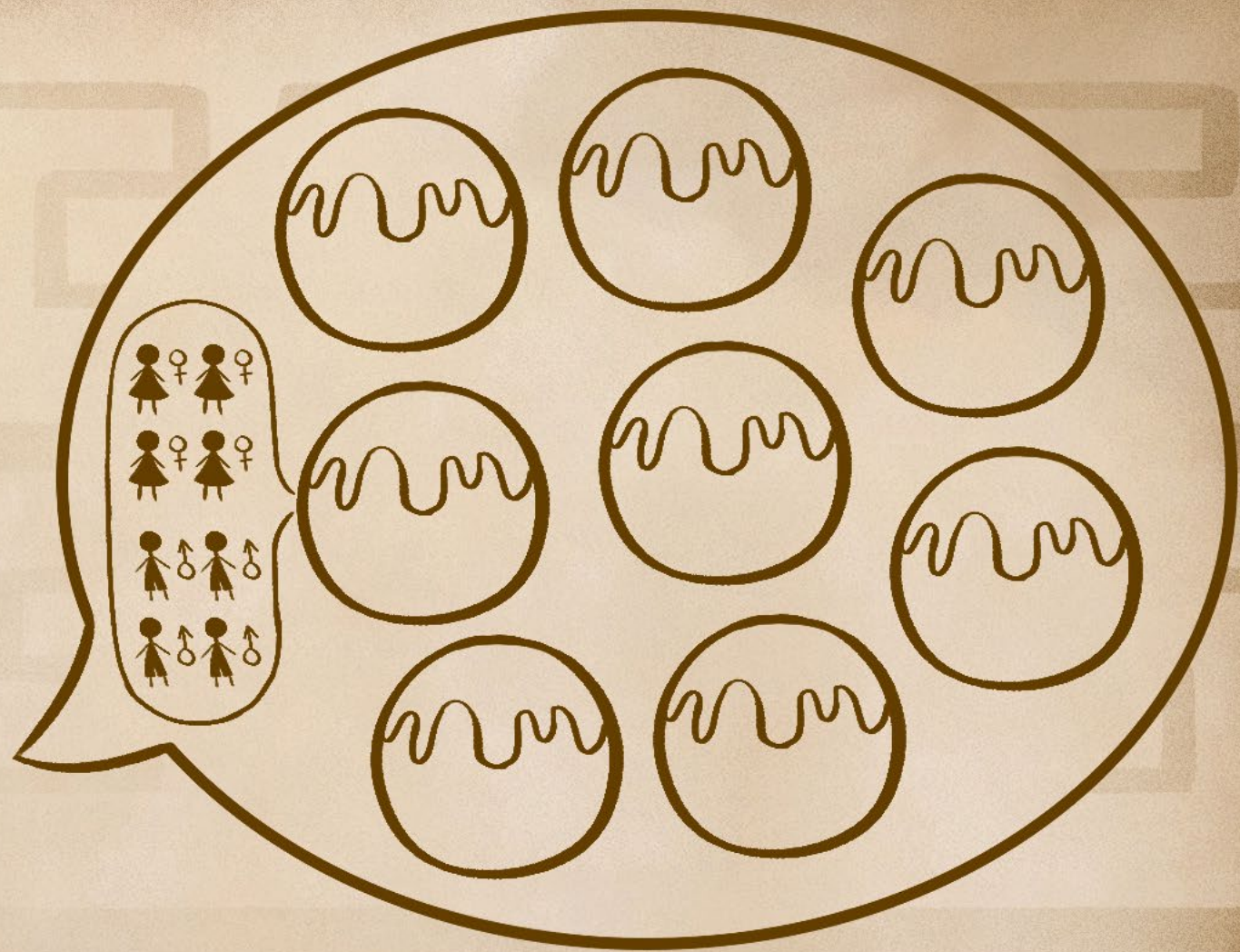
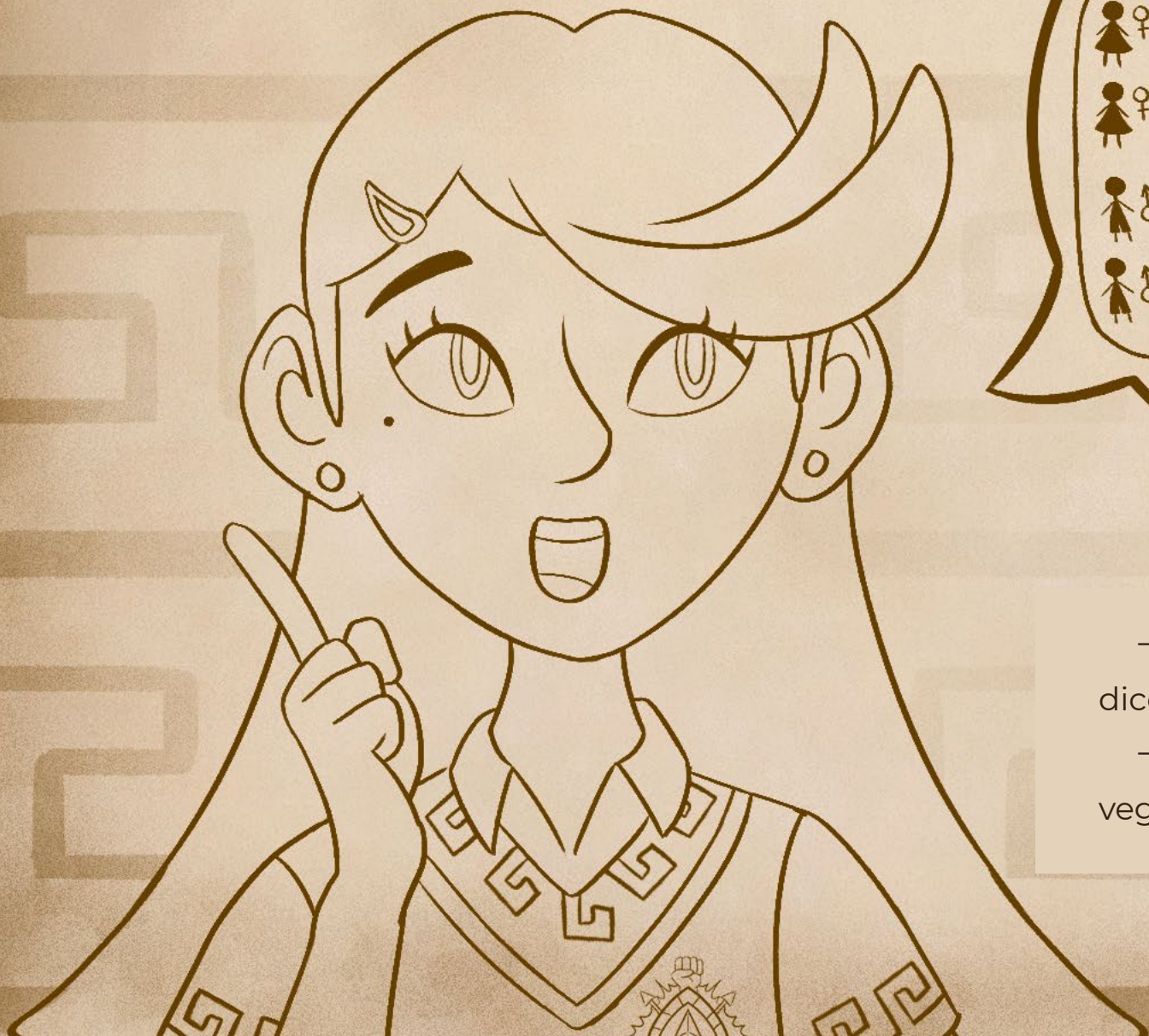
—Es el dios universal, el creador del todo; fue él quien hizo posible la existencia de los demás dioses, de los



humanos, las plantas, los animales y el cosmos en sí. Yo, Curicahuéri, soy una esencia de Tujku Upa Achá, al igual que lo son los demás dioses. Todos fuimos creados para cumplir con una función importante para el equilibrio de la región P'urhé. La mía, por ejemplo, es la de dar luz y calor para hacer posible que de la tierra brote el alimento; también soy las flamas que iluminan los templos y las casas por las noches.

—Yo tengo una duda— dice Erendirani —¿Por qué tú eres la deidad principal que se encarna en los cazonci?

—Eso se debe a que soy la luz proveniente del Sol y de la Luna; soy la fuente de energía que ilumina y hace florecer a la diosa Cuerauáperi (naturaleza), pues la fecundé con cuatro rayos (frente, corazón, manos y vientre). Cuerauáperi y su servidor creamos armonía y posibilitamos la existencia de las montañas, los mares, los ríos, los lagos, los árboles, las flores, los animales y las gentes (p'urhépecha).



— ¡Órale! Eso suena a una bonita relación de amor—
dice Erendirani.

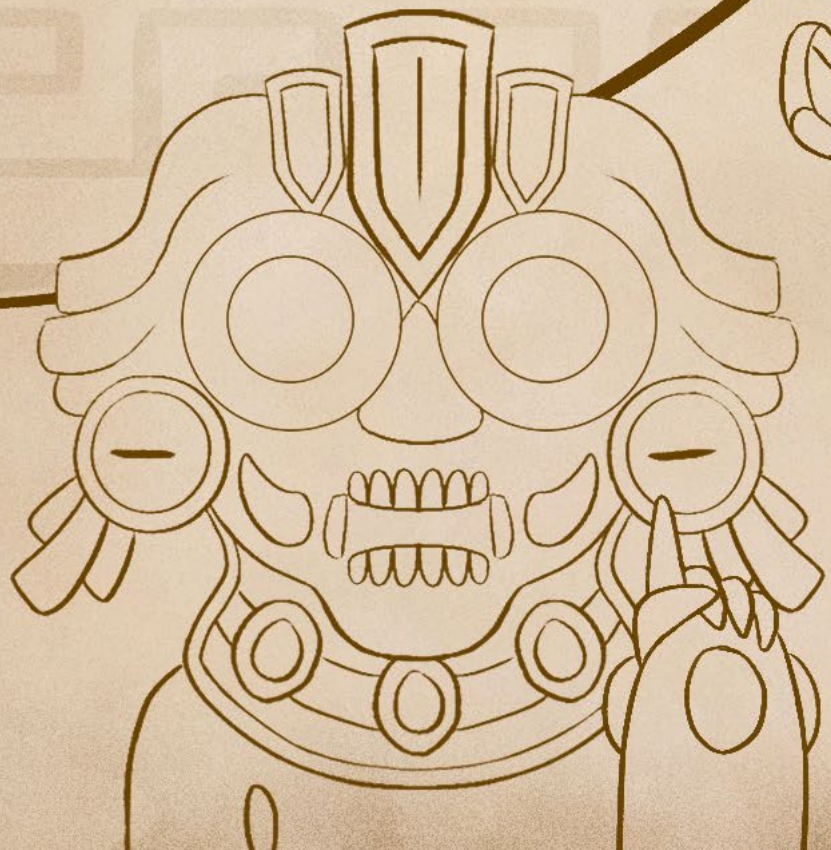
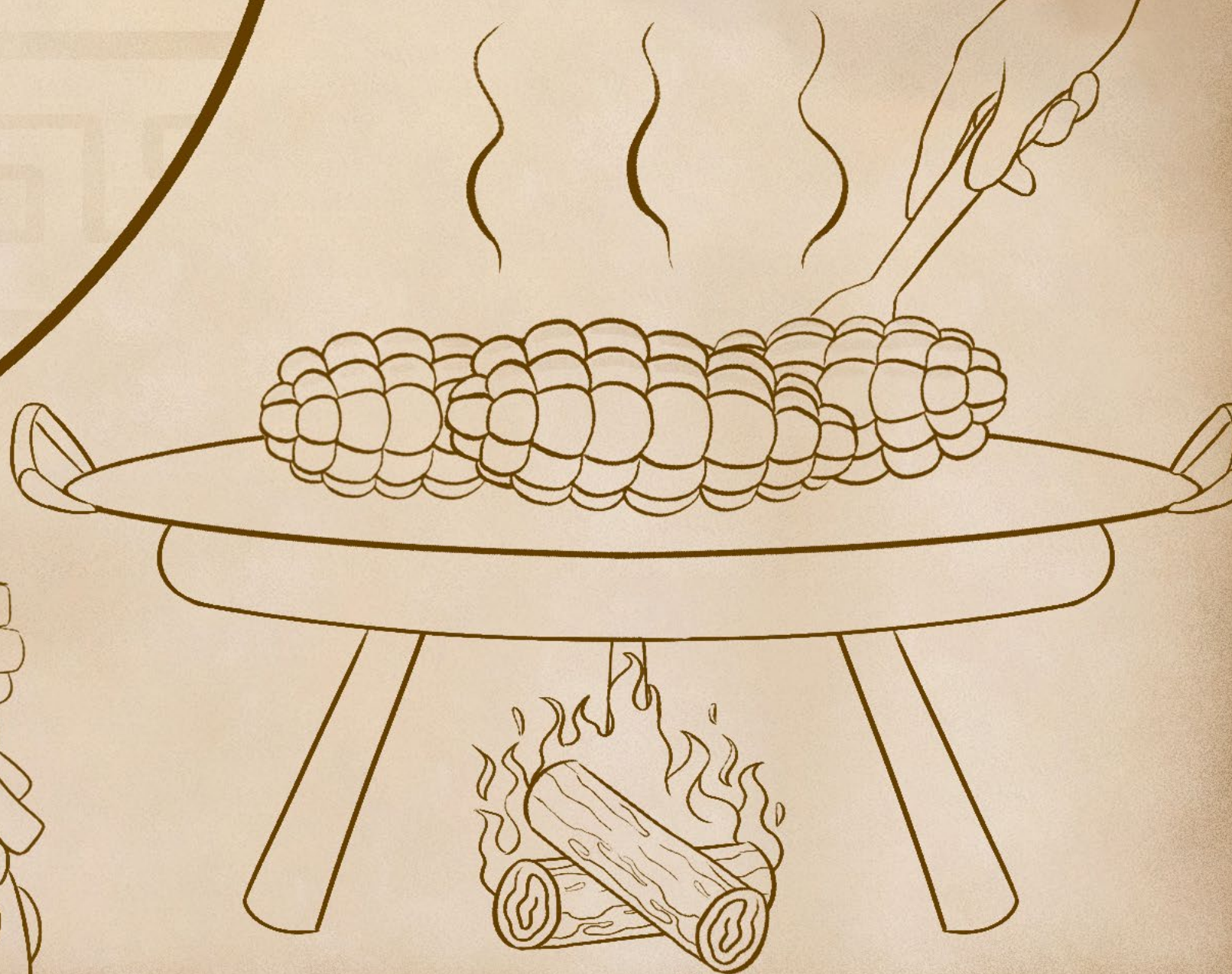
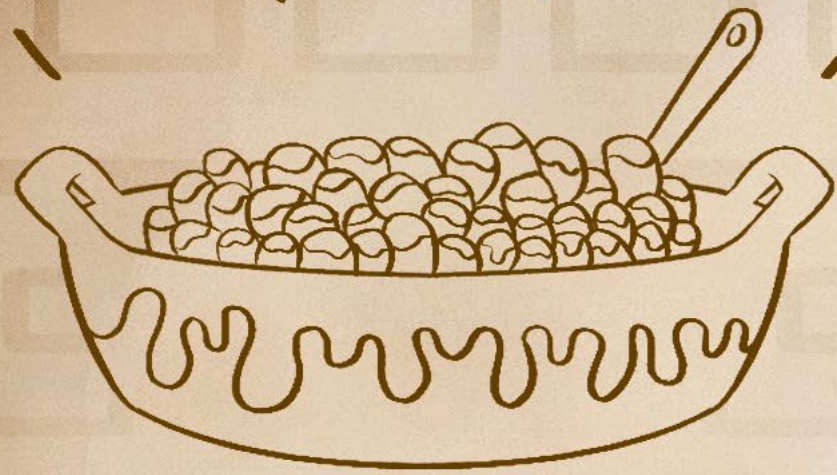
— ¡Siii! ¡Qué bello es el origen de los dioses y el de la vida
vegetal, animal y humana!— afirma Andárani.

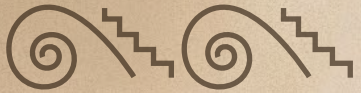


Fiestas Hicuándiro y Sicuíndiro



Curicahueri, Erendirani y Andárani caminaban por Janitzio hasta que llegaron a una aglomeración de gente; era la fiesta de Hicuándiro. En el centro había una fogata donde las mujeres tostaban maíz, para después cubrirlo con miel y acaramelarlo; dicho platillo se llama cacalote. Posteriormente aparecieron unos bailarines que interpretaban la *parácatauaracua* (danza de las mariposas). Cuando terminó el espectáculo, los hermanos quedaron sorprendidos por lo bonito de la festividad.





– ¡Óraleeee! Me gustó mucho esta festividad– exclama con emoción Erendirani.

– ¡A mí también me gustó muchísimo!– dice Andárani. En nuestra época seguimos representando la antigua danza de las mariposas; al verla interpretada por nuestros conocidos, la experiencia me hace comprender cómo nuestras tradiciones más remotas siguen vivas.

– Es cierto, la danza de las mariposas de Janitzio es muy conocida en Michmacuán (lugar junto al agua)– agrega Erendirani.

– Me da gusto que les haya gustado tanto la fiesta de Hicuándiro,– dice Curicahueri – ahora déjenme les cuento la fiesta de Sicuíndiro. Los preparativos para esta festividad, comenzaban desde cinco días antes, cuando llegaban cuatro sacerdotes que representarían los puntos cardinales y en quienes se encarnarían los dioses que acompañan a la diosa Cuerauáperi. Los sacerdotes, junto con los *cescuárecha* (bailadores) y los



haurípicípecha (quitadores de cabellos), se quedaban todos juntos ayunando hasta el día de la fiesta.

– ¿En verdad no comían nada en cinco días?– pregunta Andárani.

– Así es– responde Curicahueri – es un ritual que ellos preparaban para poder responder al llamado de los dioses; las esencias cósmicas están listas para encarnar en quienes sean capaces de ejecutar la ceremonia. Un día antes de la fiesta se elegían dos sacrificios humanos que, por lo regular, eran esclavos o delincuentes.

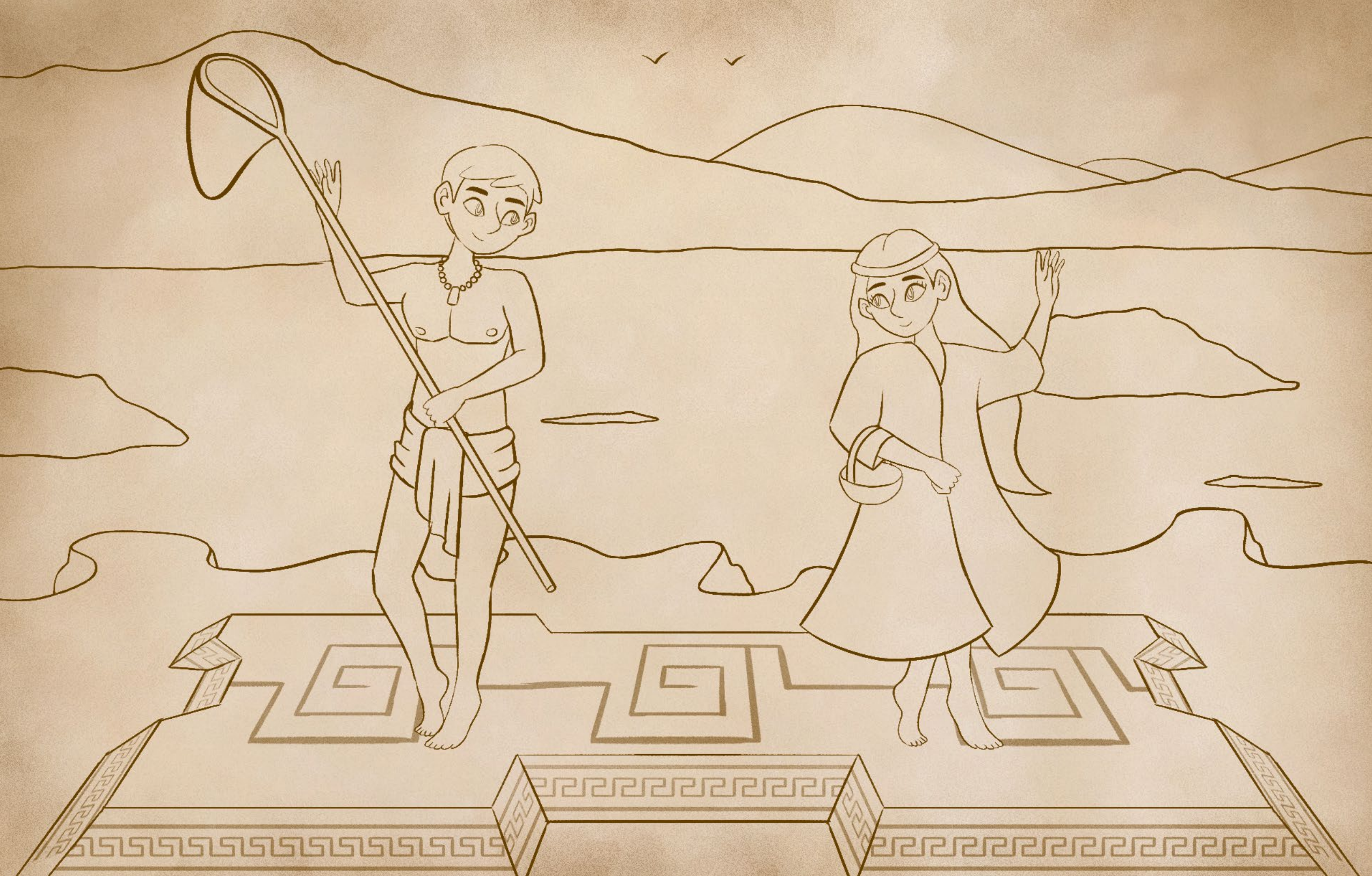
– Tengo una duda, Curicahueri– dice Erendirani.

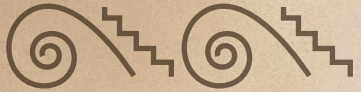
– Si, dímelas.

– ¿La fiesta de Sicuíndiro ya no la hacemos en la actualidad, cierto?

– Pues no, hermana; nosotros ya no hacemos sacrificios humanos.

– Tienes razón Andárani, pero ese no es el principal motivo por el que ya no se realiza este ritual– responde Curicahueri.





– ¿Entonces?– pregunta Erendirani.

– Miren muchachos, la fiesta de Sicuíndiro es una ceremonia dedicada a ofrendar a la Nana Cuerauáperi (madre tierra). Esta bella diosa era considerada por los españoles como una deidad pagana. También asociaban a los dioses ancestrales con demonios, ellos no creían que merecieran ser adorados. Ese es el motivo por el cual ya no se realiza dicha fiesta: los españoles prohibieron la adoración a los dioses p'urhépecha y las ceremonias comenzaron a modificarse a una versión sincrética de las tradiciones, donde la adoración más explícita se dirige al dios católico, aunque también se ofrenda a los dioses antiguos. ¿Sí me entienden?

– Claro que sí– responden Erendirani –entiendo que algunos ritos sí se han preservado, como la danza de las mariposas; pero otros tantos ya no, por haber sido prohibidos y satanizados.

– Clarísimo como el agua, dios del fuego. Pero oye ¡todavía no nos cuentas cómo se realiza la fiesta

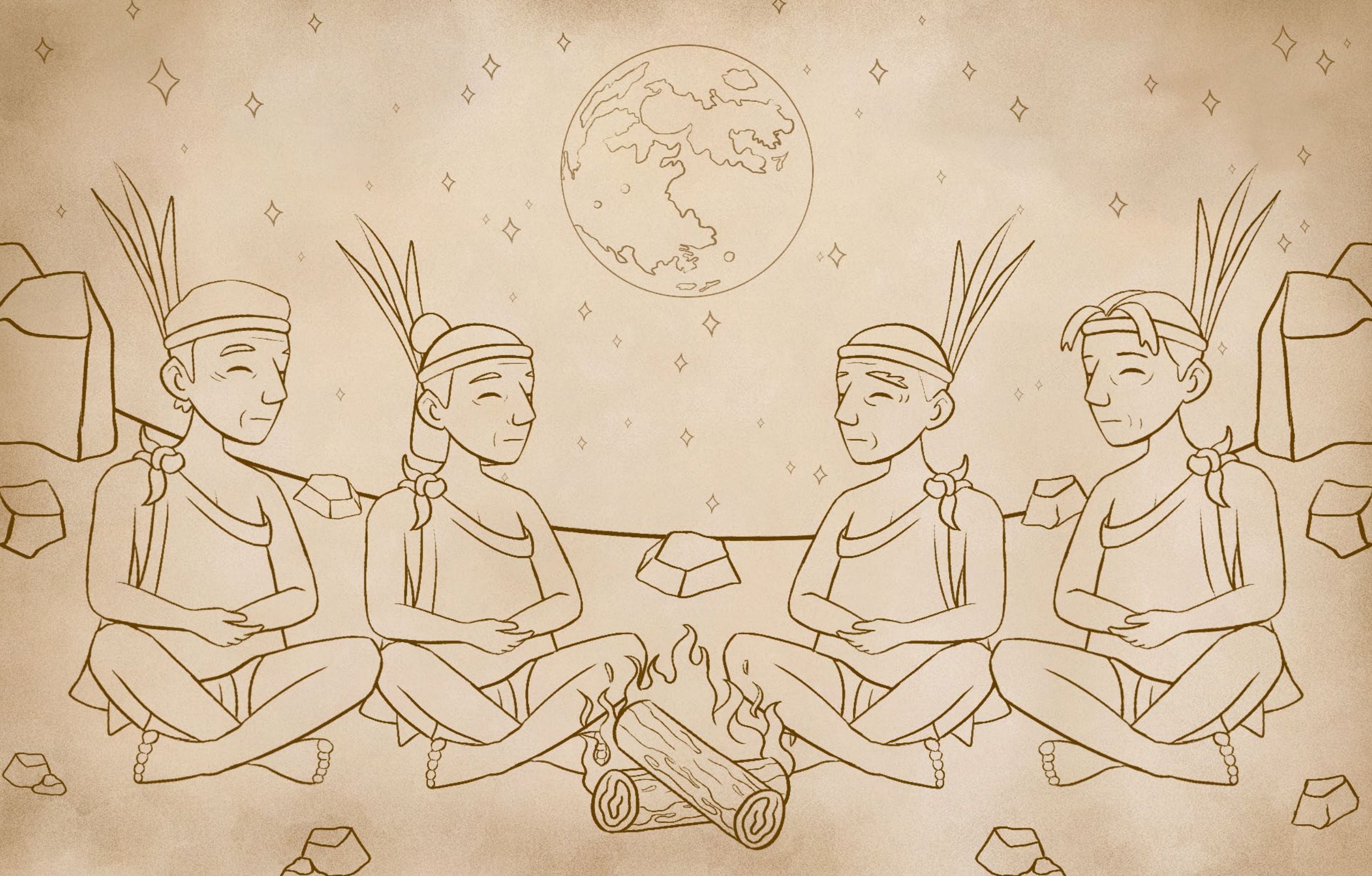


Sicuíndiro! nomás nos contaste los preparativos– reclama Andárani.

– Tranquilo, a eso voy. Sin prisa, pero sin pausa; no llevamos premura– dice Curicahueri. Que les parece si en lugar contársela, ustedes mismos la ven.

Un destello los hace viajar a Zinapécuaro, el pueblo de donde son originarios los jóvenes; pero con un aspecto diferente a como ellos lo conocen. En el pueblo comienzan a aparecer danzantes, quienes portan unas rodela de plata en la espalda y lunetas de oro al cuello. De repente destacan en el espacio dos grupos: uno que representa las nubes blancas y amarillas; el otro representa las nubes coloradas y negras.

En ese momento, aparecen los cuatro sacerdotes que ayunaron por cinco días. Estos sabios han prestado su cuerpo a la esencia de los dioses que acompañan a





Cuerauáperi. Inmediatamente después hacen traer a los dos sacrificios y les sacan el corazón. La gente comienza a seguir a los sacerdotes que transportan los corazones humanos a otro poblado (cerca de ahí) llamado Araro; allí colocan el sacrificio en una fuente caliente, que está dedicada para ofrendar a la Nana Cuerauáperi, y los tapan con tablas. Después, esparcen con cuidado la sangre de los hombres sacrificados en el resto de las fuentes; cada una de ellas dedicada para ofrendar a los otros dioses. Una vez terminado de ser ofrendado el sacrificio para la diosa Cuerauáperi, los hauripicipecha aparecen con sus navajas y comienzan a cortar el cabello de la gente que observaba el ritual.

– Bueno muchachos, eso es todo.

– Ya acabó la fiesta de Sicuíndiro? Pregunta Andárani.

– ¡Nooo! ¡Al contrario! ¡Acaba de empezar! Una vez finalizado todo este ritual la gente se regresa a Zinapécuaro



a bailar con los pellejos de los sacrificados y a celebrar en grande. Son cinco días de ebriedad conmemorativa.

– ¿Entonces por qué nos vamos?– pregunta Erendirani.

– Porque aún hay mucho que deben de saber sobre la antigüedad p'urhé. Su recorrido histórico va comenzando, así que es mejor que continuemos.





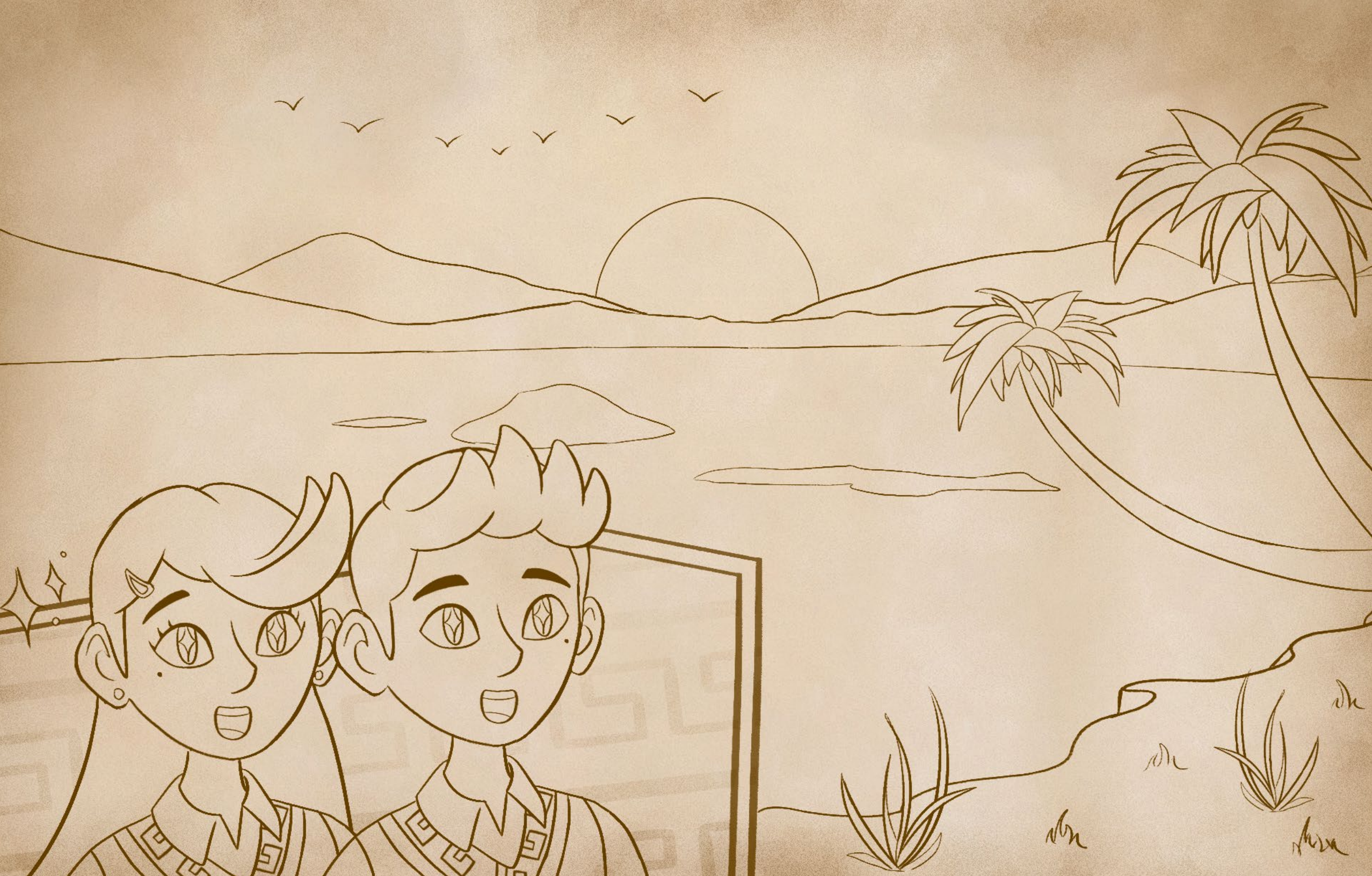
Poblamiento de la región p'urhé

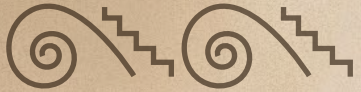


Después de un destello, los personajes se han trasladado al Lago de Pátzcuaro, en la isla Xarácuaro. El paisaje es hermoso, debido al amanecer que ha tornado el cielo de color naranja. Los dos hermanos se encuentran muy asombrados de lo sublime de la vista. De pronto, Curicahueri empieza a contar:

– Este lago ha sido testigo de gran parte de la historia p'urhé.

– ¡Es muy hermoso! Mira hermano, desde aquí se alcanzan a ver las islas de Janitzio, Tecuena y Pacanda— exclama Erendirani.





– ¡Es verdad! – responde Andárani - ¿Qué hacemos aquí, Curicahueri?

– Para contarles cómo fue que empezaron a poblar y a gobernar los antiguos p'urhépecha. La historia más antigua de mi linaje, desde que se me concibe como Curicahueri, se remonta al señor Hiréticátame; quien me colocaba ofrendas en el monte Uirúguarapexo. Este gobernante murió en su propio pueblo, el día que fue atacado militarmente por su padre y sus hermanos, que eran del pueblo Naranxan. Su hijo Sicuírancha logró sobrevivir al ataque, después él se haría gobernante de Uayámeo. Afortunadamente, el día que murió Hiréticátame sus guerreros lograron rescatarme de los usurpadores; en ese entonces yo— Curicahueri — me encontraba en una cajita y por lo tanto me podían mover de un lado a otro. Ese linaje continuó con los señores Pauácume, Uápeani y Curátame; este el último tuvo dos hijos que tenían los nombres de los dos cazonci que le antecedieron: Pauácume y Uápeani.



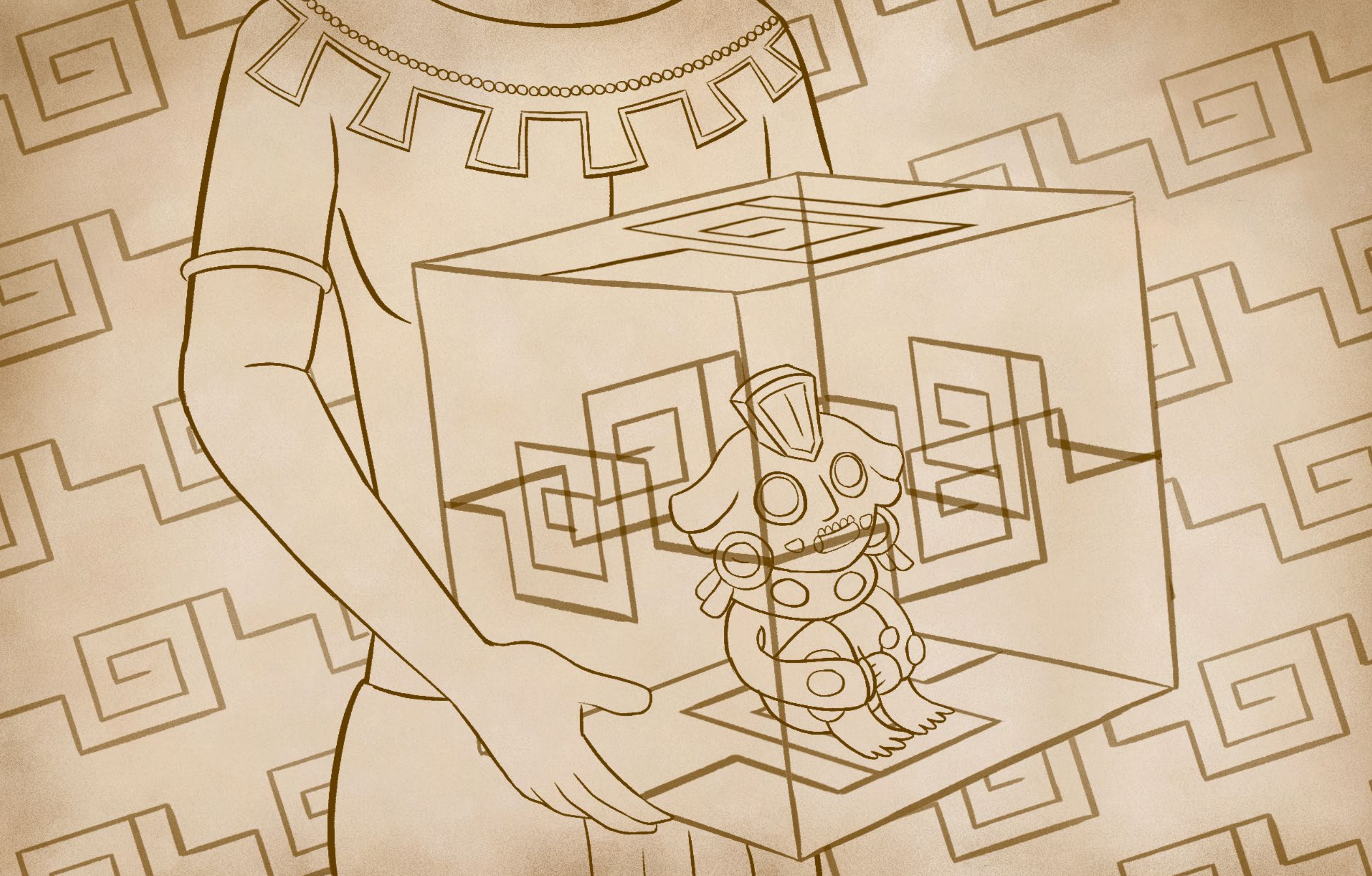
– ¡Espera, espera!— Interrumpe Andárani – ¿Sólo en Uayámeo se veneraba a Curicahueri?

– Por su puesto que no, pero yo llegué al lago de Pátzcuaro gracias a este linaje que me trajo consigo desde el norte del occidente mesoamericano. Yo era, principalmente, el dios de los chichimecas, que migraron al sur en busca de tierras más cultivables. Los p'urhépecha son el resultado de las relaciones que tuvo el linaje chichimeca con el michmacuano. Ambas comunidades crearon lazos en común: uno de ellos es la veneración hacia mi esencia endiosada del fuego y hacia el resto de los dioses.

– Vaya, ahora todo me hace un poco más de sentido— responde Andárani.

– Yo me quedé intrigada con la historia ¿Qué pasó después con los dos hijos de Curátame?— pregunta Erendirani.

– Pues sucedió que para cuando murió Curátame, la diosa Xarátanga ya tenía un templo en Michmacuán; el





gobernante de este lugar era Taríaran. Cuando le hacían ofrendas a Xarátanga, también aprovechaban para hacerme ofrendas a mí (Curicahueri). En cuanto a los hijos de Curátame, se hicieron señores de los chichimecas y decidieron asentar sus viviendas cerca de Pátzcuaro. Un día, Uápeani y Pauácume iban bajando por el monte, desde donde vieron la isla de Xarácuaro y alcanzaron a notar que ahí había un templo.

— Eso quiere decir que estaba gobernada por alguien, ¿cierto?— pregunta Andárani.

— Así es. También quiere decir que los chichimecas sólo tenían dos opciones para adquirir poder en ese lugar: con ataques bélicos o por medio del matrimonio.

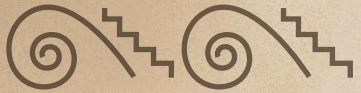
— ¿Y por cuál forma decidieron hacerlo los chichimecas?— pregunta Erendirani.

— No puedo dar una respuesta concreta, porque a veces se hacía la guerra y otras se hacían lazos matrimoniales. Mejor les cuento los hechos y personajes. Cuando los



señores de los chichimecas iban bajando el monte— como ya les mencioné— vieron que en el lago había una canoa con un pescador que vivía en la isla de Xarácuaro. Entonces, los hijos de Curátame le hablaron desde la orilla para que se acercara y pudieran hablar con él. Al principio, el pescador no quería, pues sabía que eran chichimecas y que podría ser que lo flecharán. Finalmente accedió a hablar con ellos y resultó que eran parientes. Uno de los dos hermanos le preguntó por sus dioses, a lo que el pescador respondió que eran Acuize Catápame, su hermana Purupe Cuxáreti, Caoren, Nurite, Xereni, Uarichu Ucuare, Tangáchuran y muchos otros más. Los señores de los chichimecas quedaron sorprendidos, porque resulta que todos esos nombres eran los tatas de Uápeani y Pauácume; por eso supieron que eran parientes. Entre plática y plática, el pescador les había contado que tenía una hija muy pequeña, y los chichimecas le pidieron que se la presentaran. El isleño





accedió a presentarles a su hija, quien terminó siendo secuestrada por los chichimecas.

—¡NOOO! ¿Por qué la secuestraron? ¿La hicieron esclava?— exclama Erendirani.

—Pues digamos que los chichimecas tenían el hábito patriarcal de reclamar recursos y mujeres, haciendo uso de la violencia de sus arcos y flechas. Pero no, no la hicieron esclava; como era muy pequeña, la llevaron a criar a Tarímichúndiro, un barrio en Pátzcuaro. Cuando llegó a una edad madura la casaron con Paucácume, el menor de los hijos de Curátame.

—Y supongo que el hijo que tuvieron Paucácume y la hija del isleño fue el heredero del linaje de Curicahueri— interroga Andárani.

—Y supones bien. Ellos engendraron a Taríacuri, quien terminó siendo cazonci de Michmacuán. Pero no fue tan sencillo el asunto, debido a que el secuestro de la hija del pescador les trajo conflictos con los habitantes

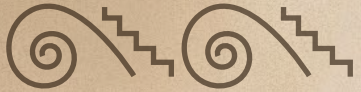


de Curíngaro, que terminaron matando a Uápeani y Pauácume. Taríacuri defendió el linaje de Curicahueri, al poner flechas y límites a sus enemigos. Fue muy estacando militarmente. Por otro lado, Uápeani dejó dos hijos: Zétaco y Aramen, cuyos hijos son Hiripan y Tangáxoan. Estos últimos son los sobrinos de Taríacuri; quien— a la vez— tenía tres hijos llamados Curátame, Hiquíngaxe y Tamapucheca.

—A mí me suena el nombre Tangáxoan, fue el cazonci que recibió a los españoles ¿no? —pregunta Erendirani.

—Tangáxoan Zinzicha fue el último cazonci, pero aún faltan muchos años y varios gobernantes para que lleguemos a ese punto de la historia. Ahorita estamos hablando de otro Tangáxoan, recuerden que a veces se repiten los nombres dentro del linaje. Pero bueno, resulta que los hijos y sobrinos de Taríacuri pudieron gobernar gran parte de los pueblos alrededor del lago, aunque no todos lo consiguieron con éxito. A ver, a





Curátame lo tuvieron que matar Hiripan y Tangáxoan (bajo las órdenes de Taríacuri) porque era un ebrio. Tamapucheca fue sacrificado a los dioses. En cambio, Hiripan, Tangáxoan e Hiquíngaxe lograron conquistar toda la provincia, repartiéndosela entre sí y colaborando políticamente para gobernar Michmacuán.

– ¿Sí era muy grande el territorio soberano de los p'urhépecha?

– Realmente que lo era, me veneraban los matlazincas, los otomíes, los uetámaecha, los cuitlatecos, los éscomaecha, los chichimecas y toodos ellos, acrecentaban las flechas de Curicahueri. Con el tiempo Tzintzuntzan se hizo el centro ceremonial más importante y, por lo tanto, fue el centro de Michmacuán y de todo el territorio que una vez estuvo bajo la soberanía del cazonci.

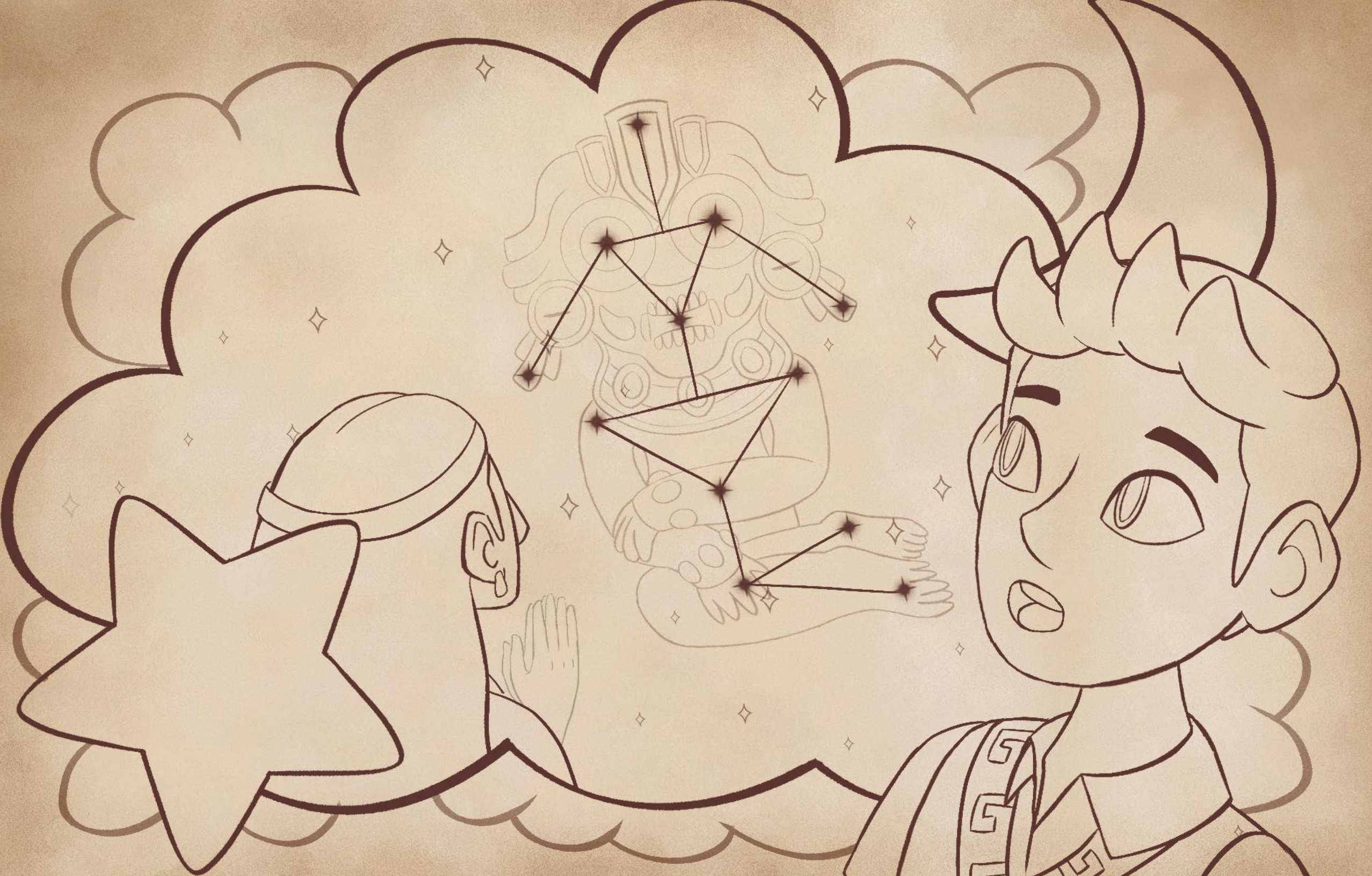


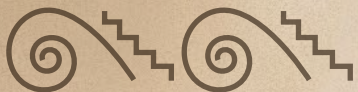
El presagio michmacuano de la conquista



Después de una larga caminata alrededor del lago de Pátzcuaro, nuestros tres personajes llegaron a Tzintzuntzan, justo donde empezó el viaje de los jóvenes.

—Estamos de vuelta aquí— suspira Curicahueri —el lugar donde gobernó mi descendencia hasta principios del siglo XVI. La historia de los cazonci, de cómo gobernaban, de cómo hacían la guerra, de cómo conquistaban pueblos y de cómo se defendían de quien quisiera conquistarlos es muy larga y tiene demasiados cambios





repentinos, así que me temo que no podré contárselas en esta ocasión.

– ¿Ya nos vas a regresar a nuestra época?– pregunta Andárani.

– ¡Noo! Tiempo aún nos queda un rato, pero ahora me importa hablar sobre los presagios de la conquista y, por supuesto, de la llegada de los españoles a Michmacuán. Empecemos por los presagios, ¿qué entienden por esta palabra?

– Yo la relaciono mucho con los sueños. Como cuando sueñas algo antes de que suceda– responde Erendirani.

– Yo también lo relaciono con los sueños, pero aparte siento que un presagio puede ser la interpretación de un fenómeno de la naturaleza que se manifiesta como una señal cósmica de que algo va pasar– se expresa Andárani.

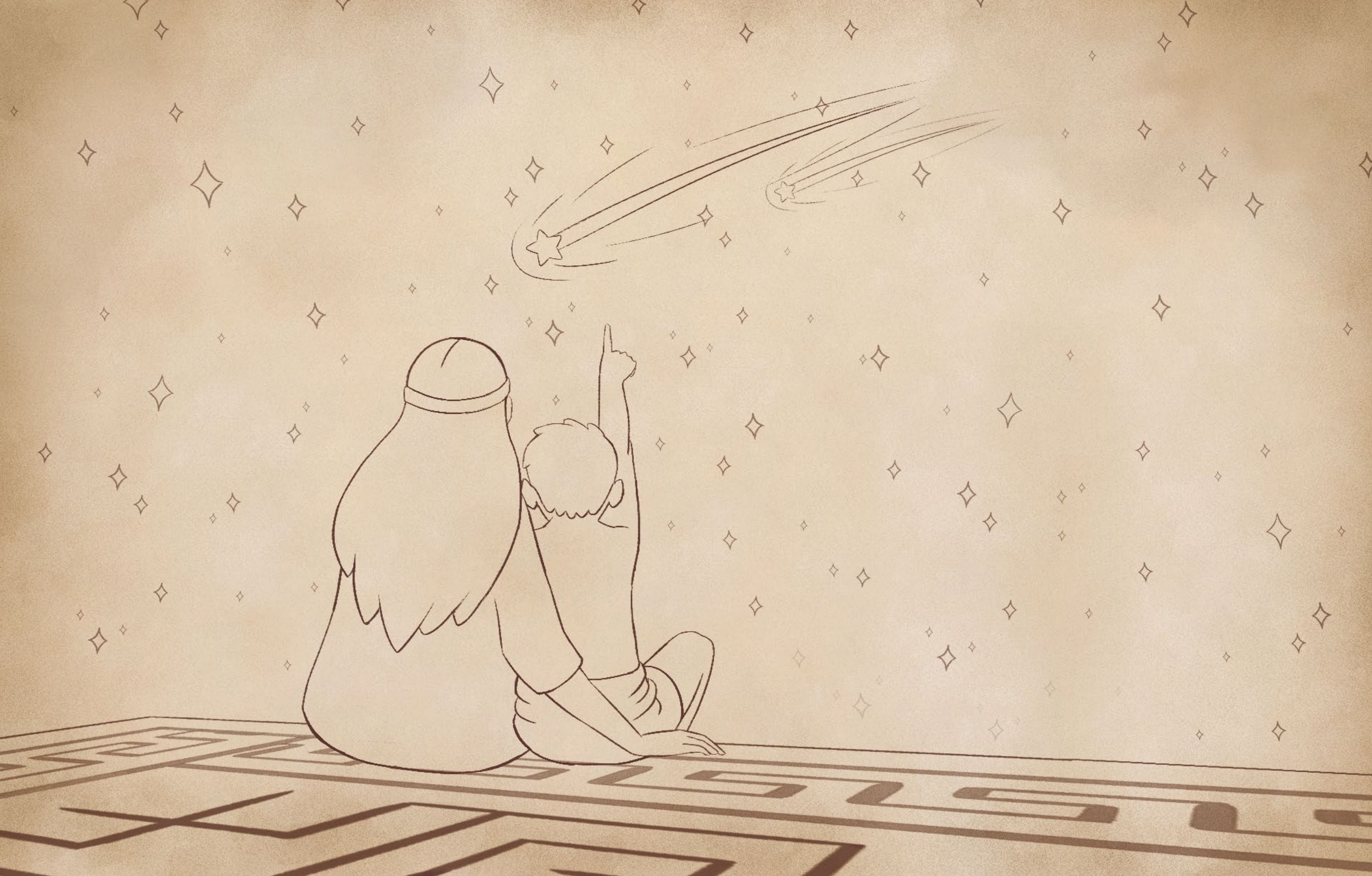
– Muy bien, tienen más a menos una idea. Los presagios efectivamente están relacionados con los sueños, al igual



que las señales cósmicas; yo agregaría que un presagio puede ser– aunque no necesariamente –un agüero supersticioso. En cuanto a la cuestión de los sueños, ustedes saben muy bien que estos son muy importantes para la cultura p'urhé ya que, efectivamente, pueden comunicarnos ciertos conocimientos. En relación a las señales cósmicas, los p'urhépecha se comunican con nosotros sus dioses a través del vínculo que tienen con la naturaleza y la observación que realizan del cielo. Con la siguiente historia, quedará mejor ejemplificada la cuestión de los presagios. ¿¡Listos!?

– ¡Lo estamooooo!– exclaman los cuates, al mismo tiempo.

– Bien. Lo primero que fue interpretado como un agüero de la conquista española, fue el agrietamiento de los cúes (templos). Esto empezó a suceder cuatro años antes de la invasión y más llamativo les pareció debido a que por más mantenimiento que les dieran,





se volvían a hendir. Esto, junto con dos cometas que se vieron pasar, son mensajes cósmicos de los dioses; es como los p'urhépecha interpretan los mensajes que les transmite el medio ambiente y su entorno.

– ¿Y en cuanto a los sueños, qué tipo de mensajes recibieron?– pregunta Andárani.

– Pues los sacerdotes eran quienes solían expresarle al cazonci sus sueños. Se dice que la llegada de los primeros españoles fue soñada– tal y como sucedió – por un sacerdote, quien no comprendía la procedencia de los hombres que aparecieron en su sueño, aquellos barbudos cubiertos de hierro y montados a caballo.

– A mí me surge una duda, Curicahueri– exclama Erendirani. Entiendo que los presagios de los sueños son mensajes de los dioses que los sacerdotes y el cazonci los interpretaban a como su entendimiento mejor le cuadraba, pero ¿cómo percibieron ustedes los dioses la pronta venida de los invasores españoles?



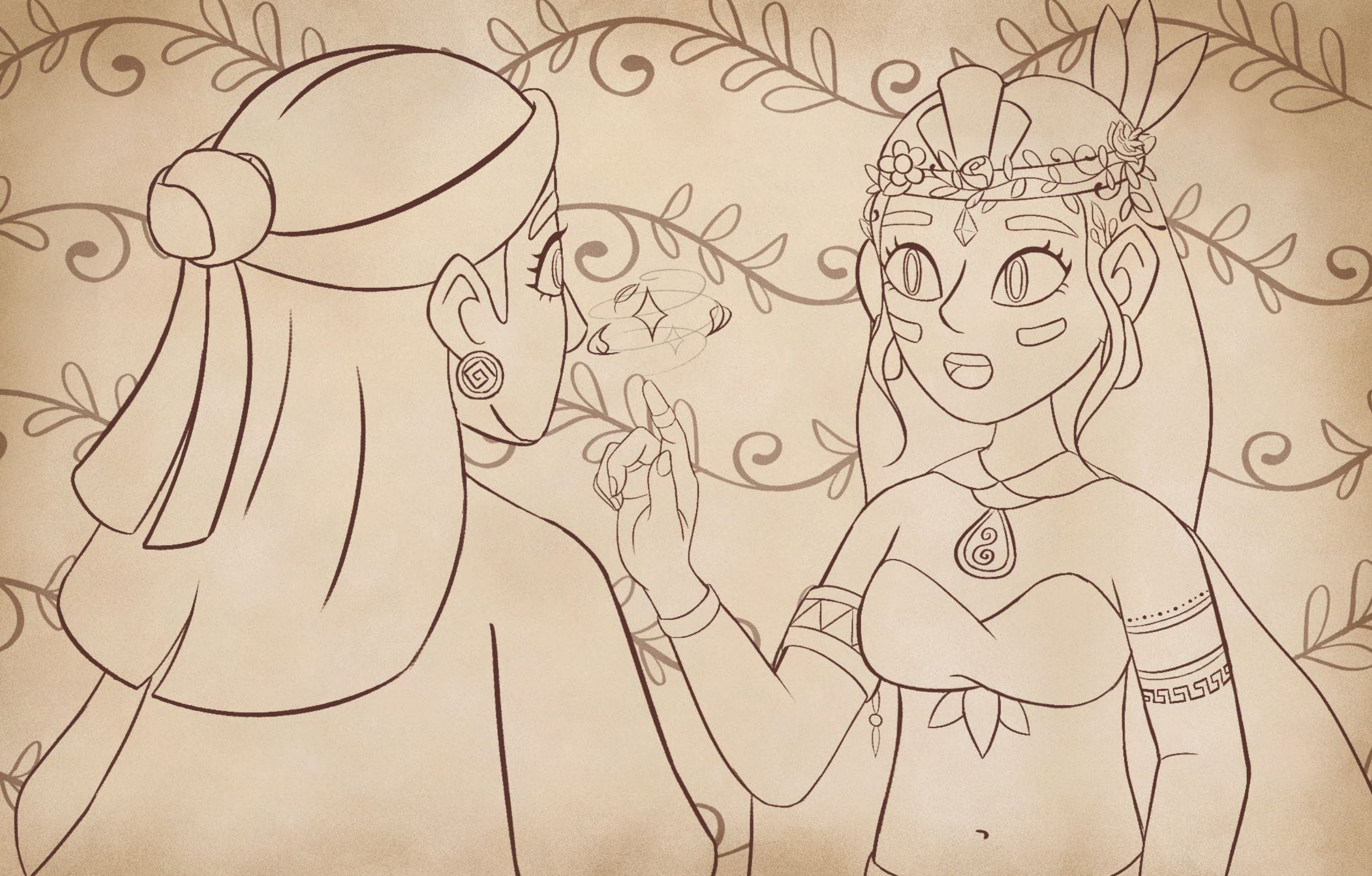
– ¿Se acuerdan de los cuatro sacerdotes que acompañaban a la diosa Cuerauáperi en la ceremonia de la fiesta de Sicuíndiro?

– Obviamente, afirmaron los cuates.

– Pues le hicieron llegar al cazonci la noticia de la muerte de estos sacerdotes. Recuerden que estos cuatro sacerdotes eran los cuerpos en donde se encarnaban los dioses de los cuatro rumbos. Esta revelación se dio en el pueblo Ucáreo, gobernado por Uiquixo. La diosa Cuerauáperi, para protegerse, huyó de Zinapécuaro para encarnar en el cuerpo de una joven, amante del señor de Ucáreo.

– ¿Y a dónde decidió irse Cuerauáperi, cuando abandonó Zinapécuaro?

– Pues primero agarró rumbo hacia Tenochtitlán, pero en un arrepentimiento decidió dejar el cuerpo que portaba; le dijo a la mujer que siguiera el camino a Araro sola, pues no podía llevarse ese su cuerpo consigo, para no arriesgarla.





– ¿Y qué pasó con Cuerauáperi? ¿A dónde fue?— pregunta Andárani.

– Que les parece si mejor nos concentramos en la mujer, ya que es más difícil seguir el rastro de una esencia que el de una persona.

– Está bien— responde, desalentado, Andárani.

– La joven hizo exactamente lo que le dijo Cuerauáperi. Cuando iba caminando rumbo a Araro, apareció una gran águila que enseguida volteó a ver. Dicha ave empezó a hablarle y ella le entendió, debe haber sido gracias al brebaje que le preparó Cuerauáperi antes de abandonar su cuerpo.

– Supongo que si el águila podía hablar es porque alguna esencia se encarnó en dicho animal ¿no es así?— interrumpe Erendirani.

– Efectivamente, tienes mucha razón

– ¿Y qué dios era el que poseía el cuerpo del águila?

– Lo tienen frente a sí, esa ave era yo— dijo Curicahuéri.



– ¡Óraleeee! – exclaman los hermanos.

– Me acerque a la joven y le dije que se subiera en mí, que yo la llevaba.

– ¿Y a dónde fueron?— pregunta Andárani.

– Al monte Xanóato Hucazio, a una asamblea de dioses.

– De dioses? ¿En verdad? - pregunta Erendirani.

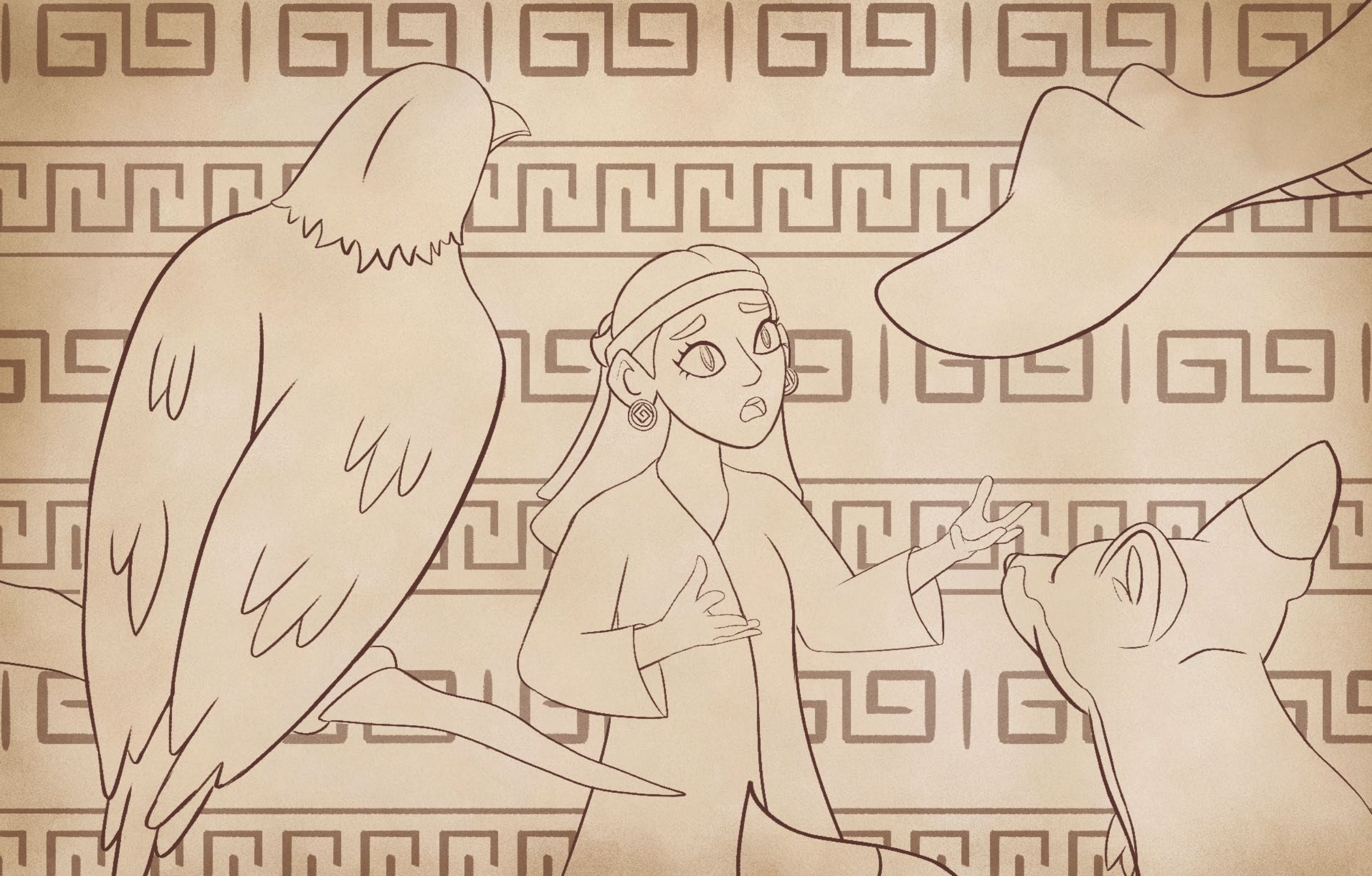
– Así es, todos encarnados en distintas formas. Yo, por ejemplo, me presenté al evento como un águila.

– ¿Sobre qué era la asamblea?— pregunta Andárani.

– Era debido a la preocupación de la muerte de los sacerdotes de Zinapécuaro, y el mensaje que mandaba Cuerauáperi a los demás dioses.

– Pero Cuerauáperi no estaba en la asamblea porque abandonó el cuerpo de la mujer ¿no?— cuestiona Erendirani.

– Cuerauáperi dejó a la mujer para protegerla y para protegerse a sí misma. Cuerauáperi sí estaba en la asamblea, porque esta diosa es la naturaleza mis-





ma; ella estaba ahí, encarnada en el monte Xanóato Hucazio.

– Eso tiene mucho sentido para mí– comenta el hermano.

– Y para mí también– afirma la hermana.

– De cualquier forma, el mensaje que Cuerauáperi tenía que transmitir ya había sido transmitido en una reunión que tuvimos los dioses en Zinapécuaro, algún tiempo antes. Cuando Cuerauáperi nos dijo “ya son creados nuevamente otros hombres, los cuales otra vez han de venir a la tierra”. Esto quería decir que llegarían nuevos hombres, con otro tipo de creencia, a conquistar aquí; pero nosotros, los demás dioses y diosas, no le dimos la verdadera importancia al asunto. No hasta que empezó a peligrar la vida de nuestros sacerdotes. En esa misma ocasión, en Zinapécuaro, Cuerauáperi nos contó sobre un sueño que tuvo sobre la caída y destrucción de los dioses.



– ¿Qué fue, exactamente, lo que se discutió en la asamblea?– pregunta Andarani.

– Pues todos fuimos para ofrecerle presentes y fruta al dios Curítaca heri (el mensajero de los dioses), a quien todos lo conocemos como el Cura (abuelo). Ese día el hermano del Cura, llamado Tirípame Cuarencha, se dedicó a contar lo que les acabo de decir: que Cuerauáperi había presagiado ya hace tiempo que un nuevo dios vendría a cambiar las creencias de los p’urhépecha.

– ¿Cómo reaccionó la amante de Uiquixo, ante ese escenario?

– Pues muy sorprendida, pero– sobre todo – atenta. Cuando Tirípame Cuarencha terminó la anécdota de Zinapécuaro se dirigió precisamente a la mujer y le dijo “ve y publícalo, que alguien se lo haga saber a Zuangua, señor de Michmacuán y cazonci de los p’urhépecha” Y eso fue lo último que escuchó la mujer, porque de repente todo se silenció y el lugar se vació. En seguida ella regresó



a casa con una clara misión que cumplir. Cuando llegó a Ucáreo, el pueblo le dio una gran bienvenida; le dieron de beber la sangre que derramaron unos sacerdotes de sus propias orejas, pues es lo que se le ofrece a alguien que fue portadora de la esencia de Cuerauáperi. Entonces la mujer les relató su vivencia a los sacerdotes y les dijo lo importante que era llevar el mensaje a Michmacuán. Fue así como unos sacerdotes fueron a informar al cazonci.

– ¿Cómo reaccionó el cazonci? ¿se preocupó?– pregunta Andárani.

– Pues realmente no. De hecho, no era una noticia nueva para el cazonci Zuangua, ya que le había llegado– tiempo antes – otro presagio por parte de un pescador de Tierra Caliente; el mensaje era exactamente el mismo, sobre la venida de nuevos hombres que acabarían con los dioses.

– ¿Entonces no hizo nada?– pregunta Erendirani.

– En realidad, no. Cuando recibió a los sacerdotes de Ucáreo estaba borracho y empezó a decir que no le

preocupaba ese presagio, aseguraba que a él no le tocaría vivir tal ocaso. Lo tenía sin cuidado. De hecho, en una ocasión Moctezuma mandó a pedir socorro a Zuangua, pero este último decidió no apoyar al tlatoani, debido a que sacerdotes mensajeros ya le habían informado que Tenochtitlan había sucumbido ante el ataque español; era una guerra perdida la del tlatoani y el cazonci no quiso arriesgar a sus hombres de guerra. Es cierto que al cazonci Zuangua no le tocó presenciar la llegada de los españoles en Michmacuán, pero sí le tocó morir debido al virus del sarampión, una enfermedad que– como bien saben – transportaban los invasores españoles.

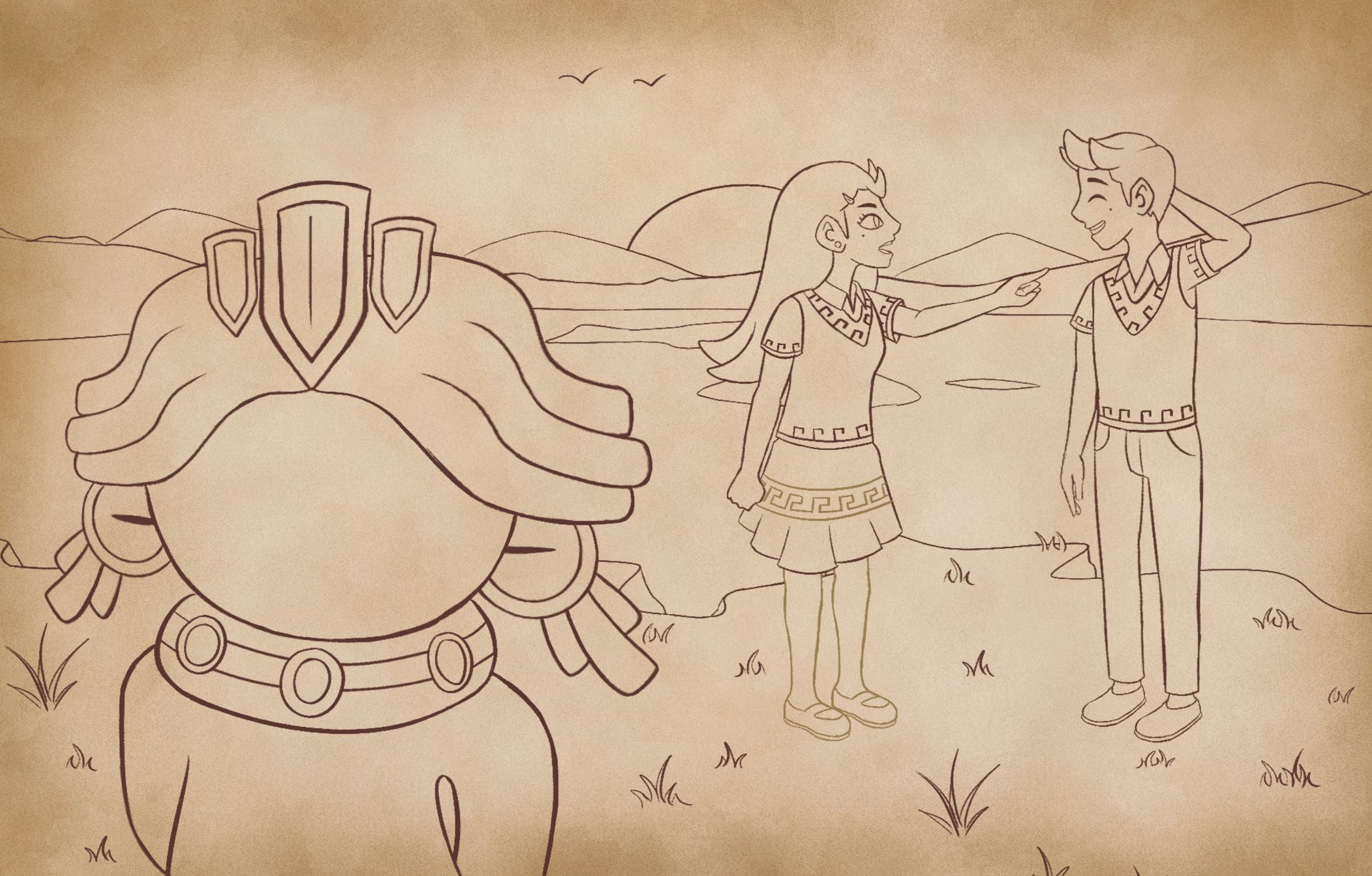


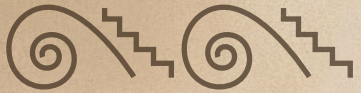
Los primeros españoles en Michmacuán



Los dos jóvenes se encuentran muy conmovidos al escuchar cómo, a través de los sueños, sus ancestros más antiguos pudieron prever la llegada de los españoles. Curicahueri se encuentra sensible a su vez, pues está por despedirse de los muchachos, pero antes decide contarles una última historia.

—Tras la muerte de Zuangua— continua Curicahueri— se hizo una gran ceremonia para despedir al cazonci difunto. Fue entonces cuando Tangáxoan Zinzicha (hijo





de Zuangua) fue nombrando como el cazonci de todos los p'urhépecha.

– Yo tengo una pequeña duda– interrumpe Erendirani – ¿Cómo era la ceremonia para despedir a los cazonci difuntos?

– Esa es una muy buena pregunta. Pero me temo que no podré contestarla en esta ocasión, porque nos queda poco tiempo. Ahora es momento de concentrarnos en conocer cómo llegaron los primeros españoles a la región p'urhé.

– Pero si no es ahorita, entonces ¿cuándo nos vas a contar lo otro?– pregunta, preocupado, Andárani.

– No se preocupen por eso, muchachos. Nos volveremos a ver, estén completamente seguros de eso.

– ¿Nos lo prometes?– pregunta Erendirani.

– Por supuesto que sí.

– En ese caso, puedes continuar. Nos decías que Tangáxoan Zinzicha se hizo gobernante. ¿Él fue el último cazonci, cierto? – cuestiona Andárani.



– Efectivamente, lo fue. Ya estamos cerca del fin de la antigüedad p'urhé y del inicio de la época colonial michmacuana.

– Esto se está poniendo emocionante– exclama Erendirani – sigue contándonos.

– Después de los presagios, comenzaron los hechos. El 13 de agosto de 1521 cae la ciudad de México-Tenochtitlan. Un año después, Hernán Cortés mandó al conquistador Cristóbal de Olid a visitar al cazonci en Tzintzuntzan. Tangáxoan Zinzicha, por su parte, opuso resistencia a la entrada de los españoles apoyado por su ejército de excelentes arqueros, guerreros valientes que acrecientan mi flama ¡la flama de Curicahueri! Pero en batalla, algo malo sucedió: capturaron al hermano de Tangáxoan Zinzicha, llamado Cuinierángari.

– ¿Qué? ¡Noooo!– exclaman los hermanos

– Sí, así fue. Por ese motivo el cazonci decidió fingir su muerte, pensando que quizá de esa forma los españoles





se apiadarían de su hermano. Pero no fue así. Cortés mandó a Olid a buscar al cazonci, al no creerse el cuento de su muerte.

–¿Y lo encontraron?– pregunta Erendirani.

–Lo encontraron.

–¿Y lo mataron?

–No, no lo mataron. Pero lo hicieron ir a Coyoacán a darle una cuota de oro al conquistador Hernán Cortés.

–Esos españoles tenían una avaricia muy fuerte, sobre todo con el oro que siempre buscaron explotar de las colonias– comenta Andárani.

–Y haces muy bien en señalarlo. El oro entregado en Coyoacán fue un tributo que el cazonci debió de otorgar como símbolo de su obediencia a Cortés. Los españoles consiguieron lo que ningún tlatoani logró nunca: el tributo de un cazonci.

–En una clase nos dijeron que los p’urhépecha eran guerreros muy bien entrenados, que salieron



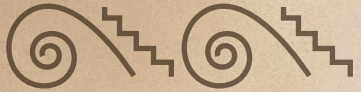
victoriosos en las guerras contra el tlatoani– comenta Erendirani.

–Y también nos contó la maestra que las armas españolas superaron los arcos y flechas que el tlatoani no pudo vencer– añade Andárani.

–Su maestra tiene mucha razón. Los caballos, las armaduras, las espadas, las enfermedades... todos esos factores cuentan. Deben de recordar, también, que la Caída de México-Tenochtitlan fue una victoria indoespañola; esto quiere decir que los conquistadores no hubieran podido siquiera sobrevivir si no hubiera sido por la ayuda de sus aliados (tlaxcaltecas en su mayoría). Los pueblos mesoamericanos le enseñaron a los españoles los caminos, alimentos, ríos y poblados que los ayudaran a encontrar más aliados y a luchar contra el poderío del tlatoani.

– Oye, ¿qué pasó después de lo de la cuota de oro en Coyoacán? – pregunta Andárani.





– Pues para el año 1527 llegó Nuño Beltrán de Guzmán, presidente de la Primera Audiencia de México, enviada a su vez por el rey de España.

– ¿Qué era esa ‘Primera Audiencia’?– pregunta Andárani.

– Era un cuerpo legal que tenía el propósito de juzgar y gobernar en los territorios que ya estaban bajo el dominio español.

– ¿Y qué tal hizo su trabajo la Primera Audiencia?– pregunta Erendirani.

– Pues nada bien. Beltrán de Guzmán y sus oidores terminaron siendo un grupo más de conquistadores en busca de oro.

– ¿Cuántas audiencias hubo?– pregunta Andárani.

– En total hubieron dos. La Segunda Audiencia llegó en 1531, con Sebastián Ramírez de Fuenleal como presidente y entre sus oidores estaba Vasco de Quiroga, quien después sería el primer obispo de Michmacuán.



– ¿Y porque ya no hubieron más audiencias?– pregunta Erendirani.

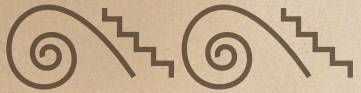
– Porque para 1535, la corona decidió enviar a un representante del rey a México; así fue como llegó el primer virrey de la Nueva España, Antonio de Mendoza y Pacheco.

– ¡Ahh, ya entendí! Ahora todo me hace más sentido– exclama Andárani.

– Sí, a mí también– dice Erendirani.

– Bueno, ya que aclaramos eso, continuaré con la historia. Después de haber ido Tangáxoan a Coyoacán para darle tributo a Cortés, el cazonci siguió gobernando en Michmacuán. Siguió haciéndole la guerra a los españoles, quienes escucharon que el cazonci estaba preparando hombres de guerra en Cuinao. Debido a que el cazonci estaba siendo desleal con los españoles, Nuño Beltrán de Guzmán mandó llamar a Tangáxoan a México; Zinzicha acompañó a su her-





mano Cuiniharangari, quien estaba bautizado en la fe católica como Pedro.

– ¿Qué es lo que quería ese tal Guzmán con el cazonci?— pregunta Andárani.

– Pues lo primero que les preguntó a los hermanos p'urhépecha, fue que por qué no llevaban oro consigo. Ellos afirmaron que ya habían entregado todo su oro a Andrés de Tapia, quien fue mandado por Cortés para recolectar sus últimas riquezas antes de que Guzmán la hiciera de gobernador de México.

– ¿Entonces ya no le dieron oro a Guzmán?— pregunta Erendirani.

– No, al contrario. Tangáxoan Zinzicha fue hecho preso, mientras que su hermano Pedro iba a Michmacuán por el oro. Estuvo yendo y viniendo gente de la nobleza p'urhé, recolectando oro para entregarlo a Guzmán; pero el conquistador no saciaba su avaricia y nada de lo que le entregaron fue suficiente para él. No fue hasta que el cazonci



mandó a juntar todo el oro que tenía repartido por la región p'urhé y se lo entregó a Guzmán que decidió dejarlo libre.

– ¿Y qué hizo el Cazonci con esa libertad?— pregunta Andárani.

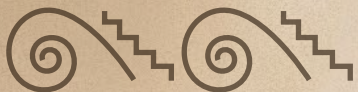
– La verdad es que no fue una verdadera libertad, sólo estaba simulada. El ejército de Guzmán encaminó al Cazonci a Michmacuán y supuestamente tenía la opción de irse a su casa, pero estaba condicionado a entregar ocho mil hombres de guerra al conquistador para que lo liberaran totalmente.

– ¿Y qué hizo Tangáxoan?— pregunta Erendirani.

– Pues entregó la cantidad exacta de hombres que pidió Guzmán, pero ni así lo dejaron ir.

– ¿¡Por qué no!?!— exclama Andárani.

– Los españoles, además del oro, buscaban vengar la muerte de unos hombres que los p'urhépecha habían matado y balido con sus pellejos. Entonces le preguntaron a Tangáxoan dónde estaban esos pellejos y si sabía de



algo sobre un ejército en Cuinao, preparado con jubones de guerra, arcos, flecas y hoyos para hacer caer a los caballos. Tangáxoan negó saber dónde estaban los pellejos que buscaban y, sobre todo, negó los rumores sobre un ejército en Cuinao; decía que ni siquiera sabía de la existencia de tal lugar. Para terminar, le volvieron a preguntar si tenía más oro y él contestó que tal vez en Pátzcuaro había otro poco; cuando sus hombres le hicieron llegar a Guzmán el oro de Pátzcuaro, este se enojó al considerarlo una cantidad despreciable.

–Oye, pero que avaricioso ese tal Guzmán– se expresa Erendirani.

–Mucho, ya le habían dado un montón de oro y todavía quería más– replica Andárani.

–Hasta qué punto creen que llegó la obsesión de su insatisfecha avaricia?– pregunta Curicahueri.

–Lo llevo a matar al Tangáxoan– responde, dudosa, Erendirani.



–Efectivamente, así fue. Lo arrastraron vivo, atado a la cola de un caballo y lo quemaron.

–¡Qué violentos!– exclama Erendirani.

–Bastante, la violencia de los españoles era realmente una barbarie– dice Andárani.

–Concuerdo con ustedes muchachos. Pero bueno, así es cómo termina esta melancólica historia; logramos hacer un recorrido rápido por la antigüedad p'urhé.

–¡Espera! Yo tengo una duda– interrumpe Erendirani –¿Guzmán se hizo el gobernante de Michmacuán?

–No exactamente. Puso a Pedro Cuiniharangari (el hermano de Tangáxoan) como gobernador de Michmacuán; mandato que duró de 1530 hasta 1543.

–Entonces porqué Tangáxoan fue el último cazonci, si Cuiniharangari gobernó después– pregunta Andárani.

–Cuiniharangari no es considerado cazonci, porque yo, Curicahueri, ya no me encarné en él. Recuerden que ya estaba bautizado como Pedro, por lo que fue el primer



gobernante p'urhépecha cristiano; quien— contrario a Tangáxoan — le dio su lealtad a la corona española y su alma al nuevo dios que llegó con los españoles. En cuanto a Guzmán, decidió tomar rumbo hacia el noroeste de Mesoamérica donde cometió muchos actos violentos contra los chichimecas, hasta el día en que desembarcó la Segunda Audiencia de México de la que ya hemos hablado.

— ¡Vaya! Ahora sí que entiendo muchas cosas— dice Andárani.

— Bastantes, gracias por darnos este recorrido— comenta Erendirani.

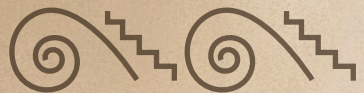
— No hay de que, muchachos. Pero bueno, es hora de que regresen a su tiempo; hay gente que pregunta por ustedes. Cuídense, nos vemos pronto.

— Espera, espera...

Súbitamente hubo un destello muy fuerte, los muchachos comenzaron a viajar por el tiempo hasta llegar a su época.



Otra vez estaban en Tzintzuntzan, ya no como la gran ciudad viva y en movimiento en la que habían estado hacía tanto solo un momento, sino como una zona arqueológica sin habitar, en donde sólo se dan visitas guiadas. Los jóvenes quedaron tirados en el pasto y a lado de ellos había dos ediciones contemporáneas de la *Relación de Michmacuán*, una para cada uno de los hermanos. Al hojear los libros, los jóvenes se percataron que había un cartoncito en cada uno de los libros; al sacarlos, vieron que eran dos boletos para regresar a la Tzintzuntzan dentro de seis meses. Al voltear los cartoncitos, en la parte de atrás, había algo escrito que decía: “Disfruten la lectura, aprendan mucho y pronto nos vemos para platicar sobre el libro. Aún tenemos mucho de qué hablar. Con cariño, Curicahueri” Una vez que terminaron de leer el mensaje en los boletos, las letras se desvanecieron; cuando alzaron las caras vieron que adelantito iban su maestra y sus compañeros de la escuela, corrieron hacia ellos.



Continuará...



Bibliografía

Alarcón-Cháires, Pablo. (2009). *Etnoecología de los indígenas p'urhépecha. Una guía para el análisis de la apropiación de la naturaleza*. Morelia. Centro de Investigaciones en Ecosistemas. UNAM.

De Alcalá, Jerónimo. (2018). *Relación de Michoacán. Ciudad de México*. INAH. Secretaria de Cultura.

Roselly, Diana. (2021). *Portentos y presagios de la conquista de América*. México. Instituto de Investigaciones Históricas. UNAM.



**GOBIERNO DE
MÉXICO**



México, 2022

